

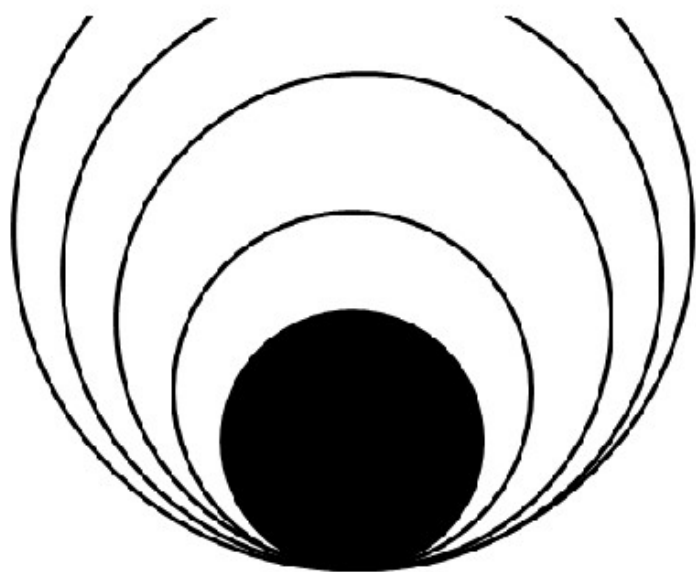


UN TIPO PELIGROSO

Albert Rosbund



SOLO MAYORES DE 18 AÑOS



PUNTO ROJO



ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

456 — La marca imborrable.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

390 — Un hombre, un caballo, un «Colt».

En Colección PUNTO ROJO:

908 — Sangre en el paraíso.

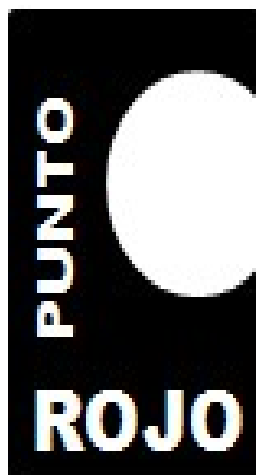
En Colección SERVICIO SECRETO:

1.516 — No piropes a la muerta.

ALBERT
ROSBUND

**UN TIPO
PELIGROSO**

Colección PUNTO
ROJO n.º 912
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN 84-O2-O2520-X

Depósito legal- B. 28.360 – 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición; octubre, 1979

© Albert Rosbund - 1979

Texto

© Antonio Bernal - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a **favor** de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.** Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

Para los muchachos del almacén de la
delegación de Libresa, en Valencia.

Me revientan los mitos. Me revientan las situaciones clásicas, estatuidas, los clichés estereotipados, la burocracia, los encasillamientos, los ideales en conserva... En resumen, me revienta casi todo lo que ha venido conformando la sociedad occidental del Occidente. Por eso soy un gerifalte errante, un vagabundo; eso que los imbéciles llaman un tipo peligroso.

*(El Gerifalte, de Cliff
Bradley)*

PRIMERA PARTE

LA PODREDUMBRE JUVENIL

CAPÍTULO PRIMERO

El caso de Rhonda Peters comenzó a las nueve de la mañana de un día primaveral que prometía ser como los anteriores, sin frío ni calor, agradable para danzar por la calle.

A esa hora alguien llamó a la Brigada de Homicidios del Pólice Department y dio el aviso. Lo recibió el sargento encargado y rápidamente se lo comunicó al capitán Peter Grant. Este no debió encontrar ninguna cosa rara en el asunto, al menos de momento, y me lo pasó a mí.

Yo me encontraba libre. Últimamente no había borrachos ni drogadictos asesinos, que era de lo que solía ocuparme.

—Ahí tiene, Travers —me dijo Peter Grant en cuanto pisé su despacho con aire acondicionado. El capitán era un hombre de mediana edad, rubicundo, cabellos encrespados y ojos negros, muy vivaces—. Han hallado a una chica muerta cerca de los muelles de la zona de Chelsea. Los detectives del Precinto de ese distrito ya están allí, realizando las primeras diligencias. Vaya allá y tome contacto.

No había la menor emoción en su rostro ni en sus palabras. Apenas me miró al dirigirme la palabra.

Tomé la hoja con los datos facilitados por nuestros compañeros del Precinto y me puse a leer.

—Buenos días, Travers —espetó el capitán.

Comprendí la despedida. Giré sobre mis talones y salí del despacho.

Me dirigí en mi coche al lugar indicado, dispuesto a cumplir con mi obligación. Mientras conducía, turnaba un cigarrillo y escuchaba música. No pensaba para nada en el asunto que me llevaba al barrio de Chelsea. Tenía otras preocupaciones que en aquel momento consideraba más importantes. Por ejemplo, mi situación en la Brigada de Homicidios. Pero no pude meditar mucho sobre mis jefes, Sue Flanagan, mis ideas y el grado de detective de primera que poseía desde ' hacía varios años.

Al lugar del trágico descubrimiento ya habían acudido la ambulancia de turno y el juez que ordenaría el levantamiento del cadáver, aparte mis compañeros del Precinto, incluido un fotógrafo oficial. La gente curiosa se agolpaba como abejas en un panal de rica miel.

Detuve el coche donde pude, en una zona prohibida, descendí y caminé presuroso.

En seguida tuve que identificarme para tener acceso al centro del suceso.

—La encontraron entre unas cajas de maquinaria agrícola —me explicó uno de los detectives del Precinto, un tipo joven como yo, espigado, de cara afilada—; fueron los empleados de esas naves.

—Está desnuda completamente y nadie la conoce —añadió el otro, más veterano, con algunos kilos de más en su cuerpo y poco pelo—. Al menos nadie la conoce de los que la han visto hasta ahora. Según parece, murió estrangulada.

Me acerqué un poco más. El cadáver había sido ya cubierto con una manta, después de que el fotógrafo realizara su quehacer, y los enfermeros de la ambulancia se aproximaban trayendo una camilla.

Alcé la manta y eché una mirada

Se trataba de una chica joven, le calculé no más de veintidós años, de cabellos trigueños, algo entradita en carnes, de piel muy blanca. Se hallaba tumbada sobre un costado, un poco encogida, y podía apreciarse a simple vista la horrible marea de su cuello.

Dejé caer la manta.

— ¿No han encontrado nada?

—Ni ropas, ni bolso, ni documentos —meneó la cabeza negativamente, con gesto de fastidio, el joven detective—. Nada de nada, Travers.

— ¿Testigos?

—Tampoco.

— ¿Nos encargaremos del asunto nosotros o se lo quedan ustedes? —preguntó el otro, el regordete.

—No lo sé —respondí sinceramente—. Eso depende de las alturas. Por lo pronto, sigan ustedes con todos los pasos habituales. Yo sólo me limitaré a elaborar un informe para mi superior. Ya decidirán.

Continué husmeando por allí, pero no saqué nada en claro. Los que habían descubierto el cadáver estaban terriblemente asustados, eran gente sencilla, trabajadora, no habituada a sucesos de este calibre.

En cuanto el cadáver fue recogido por los camilleros y la ambulancia se marchó con su trágica carga, se produjo una desbandada general. Finalmente sólo nos quedamos los interesados en el caso.

—Nos mantendremos en contacto —les dije como despedida a los del Precinto cercano.

Al regresar al Pólice Department, pasé al despacho del capitán. Le di una somera explicación. El me escuchó no sin dejar de garabatear en sus papeles.

—Comience con el asunto —me dijo—. Posiblemente se trate de alguna chica desquiciada. No me extrañaría nada que estuviese fichada. ¿Ordenó que las huellas se...?

—De eso se han hecho cargo los del Precinto de Chelsea. Ellos quieren saber si el caso lo continúan... o pasa a nosotros.

—Aunque no creo que se trate de nada grave, prefiero que uno de mis hombres esté al tanto... hasta ver por dónde desemboca el asunto. Colabore usted con ellos, Travers.

—Muy bien.

No hubo más palabras. Encaminé entonces mis pasos hacia el *self-service*, cercano al Pólice Department. Allí había quedado citado con Sue.

Ella ya estaba almorzando. Era alta, rubia y bien proporcionada. Tenía veintiséis años de edad, unos preciosos ojos azules, una naricilla respingona y una boca de dientes perfectos, blancos bien alineados. Vestía un ajustado e impoluto traje azul, el uniforme habitual del cuerpo femenino de policía. Ella trabajaba nada menos que en el despacho del Comisionado, a las órdenes directas de éste.

—Hola, cariño.

—Si te espero me muero de hambre —replicó ella.

—Surgió un imprevisto.

Nos dimos un fugaz beso. Luego fui a por una bandeja y escogí mi almuerzo.

Me senté frente a ella. Durante unos segundos, bastante largos, permanecemos en silencio. Después, tras haber bebido un trago de cerveza, ella dijo:

—Creo que anoche perdí un poco la cabeza.

—Los dos —rectifiqué yo.

—Sí.

—Otra vez, cuando hagamos el amor, nos dedicaremos seguidamente a dormir, en vez de charlar.

Ella masticó con rabia lo que tenía en la boca y luego replicó:

— ¿Y eso es comunicación? ¿Sólo somos buenos para reunimos y meternos en la cama?

Chasqueé la lengua, pesaroso.

—Eso parece.

—Mark —suspiró ella—, ¿por qué no cambias de manera de ser?

—Creo que ya lo discutimos anoche.

—Oh, sí; dejarías de ser Mark Travers. Y eso es lo más importante para ti.

—Tú lo has dicho.

—Jamás serás nadie.

—Es algo que me preocupa bien poco.

—Pero en esta vida es necesario...

—Olvidalo.

Corté sus palabras bruscamente porque no quería volver a empezar. Ella terminó el postre, se limpió los labios con la servilleta de papel y dijo:

—He de volver al trabajo. Hay una montaña de cosas que mecanografiar.

En sus ojos pude leer contrariedad y enfado. Dio media vuelta y se alejó, dejándome solo con mis preocupaciones. Tuve el presentimiento de que Sue y yo nunca acabaríamos entendiéndonos, que nuestra relación era una equivocación.

Del *self-service* me dirigí a la Morgue, sin ninguna prisa. Esperaba que Jack Donahue, el forense, a quien conocía de otras veces, ya hubiera realizado su trabajo. Era un buen profesional, serio y honrado.

Me atendió al momento.

—Hace una hora que la terminé...

— ¿Y?

—Su muerte se produjo por estrangulación, evidentemente —me confirmó, introduciendo las manos en los bolsillos de su bata blanca.

¿Con una cuerda, tal vez?

—Yo diría que una cinta de cuero.

— ¿Hora?

—Esta madrugada pasada, digamos que entre las cuatro y las cuatro y media.

— ¿Alguna otra cosa más?

—Hay otros detalles, sí.

— ¿Como qué? —le pregunté, ofreciéndole mi cajetilla de cigarrillos.

La rechazó con un gesto de cabeza. Yo encendí un pitillo mientras escuchaba sus explicaciones.

—La chica tuvo relaciones sexuales... Yo dina que fue forzada al menos por dos hombres. Su cuerpo presentaba algunos hematomas, también arañazos, sobre todo en los pechos y el vientre. Y hay algo curioso.

¿Sí? —solté una bocanada de humo.

—He estudiado esos arañazos. La chica no llegó a tratárselos, bueno, en realidad, no era de gran importancia, solamente tendría al principio un poco de escozor..., ni siquiera debió haberse lavado.

— ¿Adonde quieres ir a parar? —fruncí el ceño, intrigado.

—Tomé unas muestras de la piel dañada y las lleve al microscopio. He observado rastros de pintura de uñas. Eso y la forma que presentan, me llevan a afirmar casi con toda seguridad que se las produjo una mujer.

—Interesante —musité—. ¿Eso es todo?

Lo era.

Jack Donahue me facilitó seguidamente el informe oficial, mecanografiado, le di las gracias y de allí me trasladé al Precinto cuya Brigada de Detectives había tomado primeramente contacto con el caso.

Encontré a Ferguson y Kaplan, como se llamaban los detectives que había conocido en el lugar del suceso. El primero era el joven, el segundo el veterano.

Les entregué el informe del forense y seguidamente intercambiamos unos comentarios sin mucha trascendencia. Habían estado trabajando toda la mañana en el asunto, interrogando a todo el vecindario de Chelsea, sin ningún resultado positivo. Ahora se hallaban en el Precinto porque querían conocer si las huellas obtenidas de la muchacha coincidían con algunas de los archivos.

El agente que se había encargado de confrontarlas trajo la mala nueva: nada de nada. De todas formas, se enviarían al FBI, Tal vez en sus archivos...

Los tres decidimos continuar juntos las investigaciones y antes de que los federales nos dieran una respuesta, en un sentido u otro, averiguamos el nombre de la joven asesinada en el distrito de Chelsea.

Ocurrió cuando ya medio vencidos, al anochecer, nos introdujimos en un *snack-bar* de la West 26th Street, cerca de la Tweifth Avenue.

Por mera rutina, después de hacer nuestro pedido de hamburguesas, preguntamos al *barman* si había visto por allí a la muchacha. Llevábamos ya una fotografía de ella, escogida entre las que se le habían hecho en el lugar donde se la halló.

El *barman* no la reconoció. Algunos de los clientes que se acodaban en el mostrador, al saber que éramos policías, mostraron interés.

— ¿Dónde dicen que la encontraron? —preguntó uno de ellos, un tipo de aspecto bastante desaliñado, que consumía su vaso de whisky con mucha lentitud, a pequeños sorbitos, como si no quisiera que se acabara nunca, pero a la vez atraído irresistiblemente por el aroma del licor.

—Se lo indicamos.

—Tal vez sepa algo Busby.

Hicimos la pregunta obvia, entonces.

—Es un compañero mío que recorre esa zona —explicó—. Nos dedicamos a vivir a costa de los desperdicios de los demás. Por las noches es cuando trabajamos. Precisamente le estoy esperando... ¡Hombre, aquí viene!

Los tres giramos la cabeza. Nos encontramos con un hombre muy similar a nuestro interlocutor. Se le podían calcular hasta cincuenta años, aunque posiblemente fuera más joven. Estaba flaco, demacrado,

mal afeitado, y arrastraba la pierna izquierda con rabia.

— ¿Qué hay, Lawrence? —saludó al llegar junto a su compañero —. Este maldito reúma...

—Busby...

— ¿Tienes para otro whisky? —le interrumpió.

—Nosotros tenemos —me adelanté yo, poniendo una moneda sobre el mostrador y llamando la atención del *barman*.

— ¡Ey!, ¿quién es usted? ¿Papá Noel?

—Busby, estos señores son de la policía —le dijo su compañero Lawrence.

Desorbitó un poco los ojos, más aún cuando Ferguson, el joven detective del Precinto de Chelsea, colocó ante él la fotografía de la muchacha asesinada.

— ¿La conoce?

Se quedó sin habla. De inmediato observé que algo sabía. No era un buen disimulador y la expresión de su rostro reflejaba sorpresa mal contenida.

— ¿Quién es ella, amigo? —pregunté yo ahora—. Tendrá todo el whisky que quiera si nos ayuda. Es muy importante para nosotros conocer algún dato de esa chica.

Me miró,

— ¿E...está muerta? —balbuceó.

—Eso parece, ¿no?

— ¿Cómo...?

—Alguien la estranguló con una cinta de cuero. Anoche, en la madrugada. ¿Qué sabe usted?

—Yo...

—No me diga que no sabe nada. Su faz le delata.

— ¡Pero yo no sé nada del asesinato! ¡Lo juro!

—Nadie le ha acusado, amigo. Ande, tómese ese whisky y explíquenos lo que sabe.

No se hizo repetir la orden. De un solo trago mandó a su «bodega» el licor, chasqueó la lengua y dijo:

—Ayer, en la madrugada, cerca de los muelles de la West Coast Line descubrí una pequeña hoguera. Me acerqué curioso. Un montón de ropa femenina se consumía, pasto de las llamas. No había nadie por los alrededores.

Hizo una pausa y yo le insté:

— ¿Qué más?

—Entre la ropa vi... vi un bolso. Y bueno, lo cogí, salvándolo de la total quema. — ¿Qué hizo con él?

—Lo registré. Y encontré unas cuantas monedas...

—Eso no nos interesa. ¿No había ningún documento en el bolso?

—Oh, sí, un carnet de conducir. Por eso la reconocí. Es la chica de

la foto del carnet.

— ¿Dónde está el bolso? ¿Dónde está el carnet de conducir? —le pregunté con cierta ansiedad.

—Una vez me quedé con las monedas, no encontrando nada más de valor, devolví todo al fuego.

— ¡Maldita sea! —mascullé, mientras mis compañeros componían una mueca de disgusto.

—Compréndalo. No quiero disgustos con la policía, con... con ustedes. Si me cogían con el bolso... De todas formas...

— ¿Qué?

El desaliñado Busby esbozó una sonrisa.

—Siempre tuve buena memoria.

Así supimos que la chica asesinada se llamaba Rhonda Petéis y vivía en Long Island.

CAPÍTULO II

Era una lujosa casa situada cerca de Northport, con vista a la bahía del mismo nombre. Una suave brisa venía del mar plateado por la luz lunar.

Me había trasladado allí yo solo. Ferguson y Kaplan se habían quedado en su distrito. El lugar donde me hallaba pertenecía al condado de Suffolk.

Una vez estuve ante la verja de entrada, pulsé el botón del timbre. Por lo que podía ver, la vivienda parecía estar toda ella cercada, abundaban los macizos de flores y al fondo, a la derecha, se dejaba ver una reglamentaria pista de tenis. Reinaba un "profundo silencio a mi alrededor, y en la casa, de dos pisos, de bella y moderna construcción, no se veía una sola luz.

De pronto, una ventana se iluminó. Una bronca voz surgió por el chisme que había junto al botón de llamada:

— ¿Quién diablos es a estas horas?

—Policía.

— ¿Cómo?

—Policía —repetí—. Mark Travers, detective de primer grado, adscrito a la Brigada de Homicidios del Pólice Department. Abra, por favor.

—En seguida.

Así fue. La verja, gracias a un mecanismo electrónico, me franqueó el paso. No tuve que preocuparme de cerrarla porque ella misma se encargó de ello. Caminé por un sendero asfaltado, y ya en la puerta de la vivienda me esperaba con cierta impaciencia un hombre de unos cincuenta años, de cabellos castaños algo alborotados, con profundas entradas a los lados, ojos oscuros y facciones angulosas. Se cubría con un batín de seda negra y calzaba unas babuchas.

Lo primero que hice fue saludarle y mostrarle mi identificación.

— ¿Qué ocurre? —preguntó, un poco nervioso.

— ¿Es usted el propietario de esta casa?

—Sí.

— ¿Vive aquí una joven llamada Rhonda Peters?

—Es mi hija.

Hice una breve pausa. No me cogía de sorpresa. Algo de eso imaginaba.

— ¿Puedo pasar?

—Sí, claro —se hizo a un lado. La expresión de su rostro era de honda preocupación—. Pero todavía no me ha explicado qué sucede, detective Travers.

Cruzamos el amplio vestíbulo en silencio y llegamos a una confortable salita.

— ¿No ha echado en falta a su hija en estos últimos días, señor Peters?

—Sí...

— ¿Es ésta su hija? —le pregunté ahora mostrándole la foto que llevaba conmigo.

Su cara adquirió el color de la cera.

—Ella es —asintió, con un tremendo nudo en la garganta—. ¿Ha... ha muerto?

—Desgraciadamente, sí.

El hombre se dejó caer abatido sobre una butaca, pasándose repetidamente una mano por el rostro. No dijo nada. Parecía llorar en silencio.

Yo permanecí de pie, respetando aquellos largos y tensos segundos. Luego, por fin, el dueño de la casa alzó el rostro, clavó su mirada en mí y preguntó:

— ¿Cómo fue?

Le conté lo que sabía.

— ¿No tienen ninguna pista de quién o quiénes lo hicieron?

—Todavía no.

—Parece imposible —murmuró, moviendo la cabeza de un lado a otro.

—Su hija vivía aquí, con usted, ¿no?

—En efecto,

— ¿Cuándo la echó en falta?

Anoche ya no vino a dormir.

— ¿No dio parte a la policía?

—No.

— ¿No se alarmó?

—Verá usted... Aunque vivíamos bajo el mismo techo, mi hija llevaba una existencia muy independiente. En muchas ocasiones se iba por ahí con amigos y amigas, no aparecía en varios días... Llevando un par de días fuera, ni por un momento pensé que pudiera haberle ocurrido algo. Además, ella me avisó.

—Entiendo.

—Es increíble —volvió a murmurar—. Rhonda era una gran muchacha, no tenía ninguna clase de enemistades... ¿Tal vez sea la obra de un loco, de un psicópata?

—Tal vez —me encogí de hombros—. No puedo aventurar nada.

Hasta el momento no sabía quién era la asesinada. Ahora, con los datos que usted me proporcione, podremos iniciar una investigación más profunda.

—Ya.

— ¿Le dijo ella adónde iba, o con quién iba?

—No me comentó nada a ese respecto. Sólo me dijo que estaría unos días fuera.

— ¿Ayer no habló con ella? ¿No le telefoneó, por ejemplo?

—No,

— ¿Su hija mostraba alguna preocupación?

—En absoluto. Ya le dije, además, que no tenía ninguna clase de enemistad.

—De todas formas, me gustaría poder hablar con algunas de sus amistades. Tal vez una de ellas conozca lo que pensaba hacer su hija estos últimos días.

—Sí, tiene razón.

El propietario de la casa se puso de pie, agregando:

—Espere un momento. Le traeré la agenda telefónica de mi hija. La tiene en su cuarto, junio al aparato. En ella están todos los nombres y datos. Yo no los sé de memoria, y a muchas de sus amistades ni siquiera las conozco.

Estuve de acuerdo y él salió de la estancia. Fue entonces cuando me fijé mejor en la puerta que había junto al pequeño mueble biblioteca. Durante un instante anterior había tenido la impresión de que se entreabría ligeramente. Ahora pude fijarme con mayor atención.

Era cierta mi observación de unos minutos antes. Alguien había tras la puerta.

Encendí un cigarrillo despreocupadamente y comencé a dar una vuelta por la salita, haciendo como que curioseaba los muebles, las pinturas que colgaban de las paredes, los libros de la biblioteca,.

Cuando llegué junto a la puerta, alargué una mano rápidamente y di un fuerte tirón hacia mí. Quedé encarado a una escultural rubia,

Ella se quedó quieta como una estatua, sus ojos muy abiertos, reflejando una gran sorpresa. Ya no era ninguna joven, tendría al menos treinta años de edad, poseía un rostro atractivo, con unas inquisitivas pupilas azules y una boca grande y seductora. Pero lo mejor de todo era su cuerpo, armonioso, casi perfecto, lleno de rotundas curvas.

—Hola —dije.

La mujer no reaccionó. El camisón que vestía, semitransparente, le hacía despertar a uno la libido.

—Hola —repetí, ahora chasqueando dos dedos delante de sus ojos azules.

Parpadeó y musitó algunas cosas ininteligibles. De pronto, quiso dar media vuelta y echar a correr. Yo la detuve tomándola por un brazo.

—Eh, espere.

— ¡Déjeme! —gritó.

—Pero ¿qué ocurre aquí? —exclamó entonces a mi espalda el dueño de la casa.

Obligué a la mujer a penetrar definitivamente en la salita, colocándola ante mí.

—Estaba vigilándonos, escuchando lo que hablábamos —dije—. Supongo que la conocerá... ¿Es su doncella?

Los dos se miraron fijamente. En los ojos de Peters brilló una chispita de rabia.

—No.

— ¿Acaso... su mujer? —pregunté sin mucha convicción. Desde luego, la madre de Rhonda no era, pero podía ser que él estuviera divorciado, o...

—Soy viudo —me explicó entonces—. Ella es Vivían Anderson, una buena amiga mía.

—Oh —me limité a decir.

—Vivían —se dirigió a ella, apretando fuertemente la agenda que llevaba en las manos—. No sé a qué viene este comportamiento tan absurdo.

—Sólo... sólo tenía curiosidad —tartajeó ella, un poquitín asustada.

—La situación no está para tonterías.

— ¿Qué ha sucedido, Richard?

—Rhonda ha sido asesinada.

— ¡No! ¡Pobrecilla! —corrió hacia Peters, echándole los brazos al cuello—. ¡Es horrible!

El dueño de la casa se desasíó de ella con cierta brusquedad, ordenando secamente:

—Vuelve al dormitorio. Y antes haz el favor de pedir disculpas por tu odioso comportamiento.

Ella asintió, clavando seguidamente su mirada en mí. Observé que sus ojos estaban algo húmedos.

—Lo siento, señor —dijo.

—Aguarde un instante —dije yo cuando ella ya hacía intención de retirarse.

— ¿Sí? —inquirió, mientras Richard Peters arqueaba una de sus pobladas cejas.

—Usted conocía a Rhonda, ¿verdad?

—En efecto, señor.

— ¿Tenían amistad?

—Mmm... No se puede decir que fuera amistad. Nos conocíamos, sólo eso.

—Si piensa que Vivian puede saber algo —intervino el dueño de la casa—, está equivocado. Vivian me lo hubiera comentado, ¿no es así, querida?

—Por supuesto, Richard.

—De acuerdo —acepté.

Vivian Anderson se marchó de la salita silenciosamente. Richard Peters se aproximó a mí, alargándome la agenda.

—Aquí tiene.

La tomé, ojeándola por encima. Había bastantes nombres, direcciones y números telefónicos como para estar entretenido todo un día.

—Espero que sepa disculpar este penoso incidente —agregó el padre de la asesinada—. Vivian es una mujer adorable, pero a veces comete estas niñadas.

—No se preocupe —repliqué, guardándome la agenda en un bolsillo de la chaqueta—. ¿No recuerda nada más que pudiera servirme de ayuda?

—Por ahora no. Pero si algo me viniera a la cabeza, se lo comunicaría de inmediato. Conozco al Comisionado Palmer. Mañana pienso verle. Quiero que se haga todo lo posible por descubrir quién o quiénes le hicieron esto a mi hija.

—Se hará.

Seguidamente le informé en qué Depósito de la ciudad se encontraba su hija, pues aquella misma noche quería iniciar los trámites pertinentes para hacerse cargo del cadáver y preparar su entierro. Richard Peters parecía un hombre de fuerte carácter, difícilmente impresionable.

Cuando me alejé de allí, sólo pensaba en el Comisionado John Palmer. Yo no era santo de su devoción.

CAPÍTULO III

Al día siguiente, al llegar al Pólice Department, supe algunas cosas más.

Richard Peters no era un Don Nadie. Era un hombre de peso dentro de la élite política, abogado de profesión, adscrito al equipo del senador republicano Edward J. Simpson. Ya debía haber movido sus tentáculos de poder, posiblemente presionando al Comisionado, pues los detectives del Precinto de Chelsea habían dejado de tener vela en este entierro. Ahora el caso lo llevaba personalmente el teniente Bernstein.

Este era un sujeto corpulento, de rostro sanguíneo, que gozaba de todas mis antipatías. Tenía mi misma edad, unos ojillos oscuros y crueles y unas manos grandes y fuertes que habían machacado infinidad de caras.

—Así que tú has llevado los prolegómenos del asunto, ¿eh, Travers? —me dijo cuando nos reunimos en el despacho del capitán Peter Grant.

Asentí sin mucha euforia. El capitán, antes de que él apareciera, ya me había puesto en antecedentes.

—¿Qué has conseguido hasta el momento?

Le mostré la agenda y di un somero informe. En seguida me percaté que estaba al corriente, pues apenas prestó atención, lo que significaba claramente que Richard Peters había hablado largamente.

—Bien —exclamó al rato—. Aquí hay mucho trabajo. Llamaré también a Clarkson y Forbes. ¿Le parece, capitán?

Clarkson y Forbes eran dos detectives de primer grado como yo, sus perros de confianza. El capitán Grant dio una cabezada de asentimiento.

—¿Estoy fuera del caso? —pregunté.

Bernstein y Grant intercambiaron una mirada. Por el primero supe que sí, pero el capitán quiso demostrar que aún mandaba algo allí y dijo:

—No. Estará a las órdenes de Bernstein.

Eso me revolvió el estómago. Hubiera preferido que me dejaran a un lado, mandándome a rastrear algunos de los psicópatas que todavía andan sueltos por la ciudad.

Salí del despacho tras el teniente y nos reunimos con Forbes y

Clarkson. Nos saludamos con un gruñido de fieras poco amistosas, luego el teniente repartió el trabajo. Cada uno tomó nota de los nombres y direcciones que le tocaron en suerte.

Eso es lo único que le tengo que agradecer al teniente Thomas Bernstein. Porque gracias a él conocí a una linda muchacha llamada Sheila Parkins.

Entre las personas que tuve que visitar, hubo muchas que apenas habían tenido relación con la asesinada, al menos de una forma prolongada, íntima. Algunas eran ex compañeras del colegio con las cuales ya hacía años que no se veía ni hablaba, otras pertenecían a muchachos con los que había salido en varias ocasiones, sin haber existido ninguna ligazón sentimental. También tenía el nombre y dirección de una peluquera, de una modista y de un taller de reparaciones de automóviles.

Sólo lo que hablé en este último lugar me hizo reflexionar unos instantes.

—Ella siempre traía aquí su coche cuando tenía alguna pega —me dijo el jefe de mecánicos, un hombre embutido en un mono azul, algo grasiento—. Era propietaria de un «Corvette» color frambuesa.

¿Se había ido de casa en coche? Debía haberlo pensado antes, cuando supe que tenía carnet de conducir. Su padre podría haberme respondido. Y si la respuesta era positiva: ¿dónde estaba el coche?

Meditando sobre todo esto llegué a casa de Sheila Parkins. Esta vivía en un pequeño apartamento del Lower East Side, cerca de Tomkins Square.

La joven era de la misma edad que Rhonda Peters, morena, de largos cabellos negros, sedosos, ojos grandes, de pupilas color miel, nariz fina, recta, pómulos algo elevados, boca de labios gordezuelos y barbilla de trazo suave. Tenía una buena estatura, pues casi me llegaba al tabique nasal, y su cuerpo estaba excelentemente moldeado, con un busto alto y pujante, unas rotundas caderas y unas piernas largas y torneadas que exhibía sin ninguna inhibición gracias a los *shorts* que vestía.

Desde el primer momento me apercibí que se trataba de una muchacha alegre y despreocupada, independiente, simpática y amable. La noticia de la muerte de Rhonda Peters le sentó como un jarro de agua fría.

— ¡Cielos! —exclamó, dejándose caer abatida sobre una butaca tapizada en rojo y negro.

Era la única ex compañera de colegio con la que había seguido manteniendo estrecha relación. Según me explicó, ésta había nacido gracias a la proximidad de sus apellidos, alfabéticamente hablando. Y había perdurado porque ambas habían estudiado posteriormente idiomas y solían colocarse como azafatas en congresos, ferias, etc.,

internacionales que se celebraban en la ciudad.

—Es un trabajo que nos gustaba a las dos —siguió contándome—. Variado, poco monótono y con una sujeción nunca superior a las dos semanas. Luego, una podía hacer lo que quisiera.

—Parece ser que Rhonda se ausentó de su casa hace unos tres días. ¿Sabes cuáles eran sus planes? —fui directamente al meollo del asunto.

La joven apretó los labios con disgusto. Adiviné cuál iba a ser su respuesta.

—No.

—Su padre me dijo que no sabía que tuviera enemistades...

—Es cierto. Rhonda era una gran chica. Imposible que alguien se la tuviera jurada.

—¿Un amante despedido? —aventuré—. ¿Tenía o tuvo novio?

—No, que yo sepa. De vez en cuando salía con chicos, algunas veces juntas, pero no había nada serio. Ella solía decir que era demasiado joven para comprometerse.

—¿Estaba preocupada últimamente? —No sabría decirle...

—Por favor, háblame de tú —sonreí—. No me hagas sentirme un viejo.

—De acuerdo.

—¿Cuándo hablaste con ella por última vez?

—El día en que se marchó.

—Luego sabías que se iba por ahí.

—Sí. Me telefoneó para despedirse. Me dijo que estaría unos días fuera. Tenía..., jeso es!, también me dijo que tenía que reflexionar sobre ciertas cosas. Yo le pregunté qué y ella me contestó que ya hablaríamos con calma a su regreso.

—Aja. ¿Se fue en coche?

—Supongo. Ella tenía un «Corvette».

—Lo sé.

—Gustaba coger el coche para alejarse de New York. Odiaba un poco la ciudad. También Long Island. —¿Tienes idea de adonde solía ir?

—Frecuentaba cierto camping del Harriman State Park, casi en la línea fronteriza entre los estados de New York y New Jersey.

—Lo conozco.

—Pero eso no quiere decir que fuera allí. Ya te comenté antes que no me lo dijo.

—Voy a tener que hacer unas llamadas. ¿Puedo usar tu teléfono?

—Por supuesto que sí.

—Díctame el número de casa de Rhonda —le pedí en cuanto hube descolgado el auricular.

Lo hizo. Una señora de vocecilla dulce que se identificó como

mujer de la limpieza me informó que el señor Peters no estaba en casa. Se me ocurrió entonces preguntar por Vivian Anderson. Ella sí estaba allí.

Se sorprendió al saber quién era el que la hablaba.

— ¿Qué desea? —preguntó con recelo.

—Sólo quiero saber si Rhonda se fue de casa en su coche... ¿Usted puede facilitarme esa información?

—Oh, sí —pareció relajarse—. El coche de Rhonda no está en el garaje de casa.

—Tengo entendido que se trata de un «Corvette» color frambuesa.

—En efecto.

— ¿Podría facilitarme su matrícula?

—Espere —hizo un esfuerzo de memoria de varios segundos y luego me la cantó—: PX-349.

—Eso es todo. Gracias.

— ¿Saben ya algo? —se interesó.

—Todavía no.

Le di de nuevo las gracias y colgué. Unos instantes después marcaba el número del Pólice Department. Ni siquiera me molesté en preguntar por el teniente Bernstein, me daba una higa su paradero. Me pusieron en comunicación directa con el capitán Grant, Le expliqué lo del coche. Había que localizarlo, tal vez se encontrara cerca de la zona donde fue hallado el cadáver. También se podía solicitar la colaboración de los de Tráfico. Estuvo conforme con mis sugerencias.

— ¿Te apetece hacer una excursión? —le pregunté a la muchacha tras haber depositado el auricular en la horquilla—. Si es que no tienes ningún compromiso...

—Estoy libre.

— ¿Entonces?

— ¿Y adonde es la excursión?

—Al Harriman State Park.

—Pero si no debió ir allí. Su cadáver se encontró aquí, en Manhattan.

—Eso no significa nada. Hay casi un día en blanco entre su marcha de casa y su muerte. De todas formas quiero saber qué solía hacer allí, si iba sola o acompañada... Almorzaremos por el camino, ¿te parece?

Le pareció. Abandonamos Manhattan, cruzando el Hudson River y pasando al Bergen County. Luego tomamos la carretera estatal número diecisiete de New Jersey que conducía directamente hacia el lugar donde queríamos ir.

Antes de alcanzar el Parque Nacional hicimos un alto en un parador cercano al Saddle River. Allí despachamos un sabroso

almuerzo entre comentarios intrascendentes que nos hicieron olvidar por unos instantes lo que hasta el momento nos unía.

Nada más dejar el estado de New Jersey y adentrarse en el de New York, estaba el Harriman State Park, englobando a buena parte de la cadena montañosa Ramapo. En su centro se encontraba el Sebago Lake, y arriba, al norte, otro Parque Nacional, el Bear Mountain, con varios lagos más. El camping que nos interesaba estaba próximo al Sebago Lake.

El encargado era un hombre cincuentón, robusto, carirredondo, de ademanes enérgicos, que vestía ropa campera. Al mostrarle mi identificación, colaboró de inmediato, poniéndolo todo a mi disposición.

—Claro que recuerdo a la chica —nos dijo en cuanto le enseñé la fotografía—. Solía venir por aquí con cierta regularidad. Ahora bien, estos días pasados, no. De todas formas, podemos consultar el libro registro para mayor seguridad.

Lo hicimos, comprobando que el hombre no se equivocaba,

Que yo recuerde —agregó después el encargado del camping—, siempre vino sola. Y no hacía nada en particular. Descansar, pasear, disfrutar del sol y el aire...

Pronto lo dejamos estar.

—Rhonda, no sabemos por qué, no debió salir de New York —concluyó su amiga por el camino, cuando ya regresábamos, mientras yo permanecía silencioso y pensativo.

Esta vez nos detuvimos en la población de Waldwick, dispuestos a saborear un café. La tarde comenzaba a declinar, el cielo y las montañas manchados de púrpuras.

Waldwick era un poblado que no sobrepasaría los quince mil habitantes en el que parecía reinar una gran tristeza. Los parroquianos del bar donde nos metimos nos miraron con cierta hostilidad.

— ¿Sucedé algo, amigo? —le pregunté al camarero que se acercó a atendernos.

El hombre limpiaba rápidamente la mesa con un trapo.

—Últimamente han sucedido cosas graves en el pueblo. La gente se muestra recelosa con los forasteros. Pero ustedes no han de temer nada. Se nota a la milla que son personas honradas. ¿Qué van a tomar?

—Café.

—Ahora en seguida lo traigo.

Entretuvimos la espera fumando un cigarrillo, un poco intrigados por el tenso ambiente que se respiraba. Un cliente salió del bar y cuando ya nos habían servido el café, regresó acompañado de un hombre alto, de unos treinta y ocho años, de pelo rizado y facciones algo toscas.

El recién llegado se dirigió directamente hacia nosotros. El otro permaneció junto a sus contertulios de antes, cuchicheando entre ellos.

—Soy Malcolm, el jefe de policía de Waldwick —se presentó—. Ustedes acaban de llegar al pueblo, ¿verdad?

—En efecto —asentí—. Nos encaminamos hacia New York y hemos hecho un alto para tomar café. ¿Quiere acompañarnos..., colega? —le mostré mi placa al mismo tiempo que hablaba.

—Oh —exclamó sorprendido, acercando seguidamente una silla y tomando asiento.

— ¿Qué pasa aquí? —pregunté.

—Perdone usted —se disculpó al momento—. La gente anda muy desconfiada últimamente. Y nada más aparecen forasteros requieren mi presencia para que los interroguen.

— ¿Por qué?

—Hace unos días asaltaron el *drug-store* de Jim Sullivan. Le robaron la caja y él se debate entre la vida y la muerte en el hospital del condado, tiene un serio navajazo en el estómago.

—Vaya.

—Fueron unos jóvenes, de esos hippies melenudos, dos chicos y una chica, según lo que ha podido declarar el pobre de Jim, ya que no hubo otros testigos. Sucedió al anochecer y no había nadie más en el comercio.

—Lamento el suceso.

— ¿Y qué hace usted por aquí? —miró a Sheila—. ¿Tal vez de vacaciones?

—No —negué con una sonrisa—. Una amiga de esta señorita apareció asesinada en Manhattan, New York. La muerta tenía costumbre de acudir al camping de Harriman State Park. Venimos de allí, de hacer unas investigaciones.

—Ah, ya.

— ¿Cogieron ustedes a esos jóvenes asaltantes? —terció en la conversación Sheila.

—Desgraciadamente, no. Cuando supimos lo ocurrido, ellos ya habían desaparecido.

— ¿Cuándo fue eso? —pregunté, apurando seguidamente la taza de café.

—La noche del lunes.

Casualmente coincidía con el día que Rhonda Peters había escogido para marcharse de New York.

—Sólo tenemos una pista —agregó el jefe de policía de Waldwick—. La transmitimos a la Highway Patrol del condado, pero no ha dado ningún resultado.

— ¿Cuál? —interrogué.

—Donovan, el farmacéutico, cerró su negocio sobre esa hora. Al cruzar la calzada a punto estuvo de ser arrollado por un coche que pasó como un rayo. Posiblemente huyeran en él, pues nadie les vio tras el atraco. Sabemos cómo llegaron hasta aquí, haciendo auto-stop: los trajo un camionero desde Spring Valley, en el estado vecino de New York. Debieron dar el golpe y robar el coche, intimidando a su dueño o conductor. Desde luego, debía ser un forastero, nadie de aquí ha presentado reclamación alguna, nadie ha desaparecido...

—Pero ¿se tiene algún dato más?

—Lo que aportó Donovan. El coche era un «Corvette» de esos modernos, color frambuesa. Pero ya le digo, no hemos obtenido resultados. Debieron correr como diablos, poniendo en pocas horas infinidad de millas entre ellos y nosotros.

Yo ya sabía adonde habían ido a parar.

CAPÍTULO IV

Cuando di cuenta de mi trabajo, a punto estuvo de cortársele la digestión de la cena al teniente Thomas Bernstein. Hizo una extraña mueca y se abstuvo de hacer comentarios, ya que se encontraba también ante el capitán. El y sus dos perros falderos habían acudido allí con el rabo entre las piernas, cansados y fracasados.

—El auto ya ha sido encontrado —me informó el capitán Peter Grant.

— ¿Dónde?

—En Bank Street.

—Eso está en Greenwich Village.

—Un buen lugar para encontrar a tres jóvenes melenudos.

Se organizó una buena red policial. Detectives de aquel distrito más detectives de la Brigada de Homicidios trabajaron conjunta y afanosamente aquella noche, pateando todas las calles de Greenwich Village, interrogando a todos los soplones conocidos y por conocer, husmeando hasta en las alcantarillas. Del resultado de aquella magna operación, puesta en marcha a sugerencia expresa del Comisionado Palmer, a quien imaginaba presionando desde las alturas políticas, tuve noticias al día siguiente, cuando me personé en el Pólice Department.

—Ya han dado con ellos —me informó Sue Flanagan, que fue la primera cara conocida que vi.

— ¿Cuándo?

—Esta madrugada.

— ¿Dónde están? ¿En las celdas?

—En una de las salas de interrogatorio. Hay tensión y nerviosismo. Allí están todos reunidos. Los chicos se niegan a confesar. Dicen que son inocentes.

—Aja.

—Mark... —me llamó cuando ya iba camino del ascensor.

— ¿Qué hay?

—No he sabido nada de ti en estos dos días.

—No había nada nuevo que decir.

—Mark, yo... ¿Podríamos vernos esta noche?

—No —respondí con brusquedad.

Definitivamente me alejé de ella. Tenía una forma de rogar y

mirar a un mismo tiempo que siempre acababan por vencerme. En esta ocasión quería ser más fuerte. No estaba dispuesto a que la cama fuera lo único entre nosotros. Para eso era preferible cortar.

Era cierto. Allí arriba se respiraba un aire tenso. Estaban el capitán Grant, el Comisionado, incluso el padre de la chica asesinada, Fumaban y comentaban entre ellos sin dejar de pasear por la antesala.

La puerta donde se estaba realizando el interrogatorio se abrió y apareció en primer término el teniente Thomas Bernstein. No llevaba chaqueta ni corbata, el cuello de la camisa lo tenía desabrochado, las mangas subidas hasta el codo. Su faz expresaba una ferocidad absoluta.

— ¿Qué? —preguntó el Comisionado, un hombre muy atildado, de cincuenta y cinco años, pelo entrecano y ojos verdosos.

Bernstein soltó un bufido. Luego agregó con rabia:

— ¡Confesarán!

— ¿Y si en realidad fueran inocentes? —intervine.

Todos me miraron como si fuera un bicho raro. Los ojos del Comisionado quisieron fulminarme.

— ¡Maldito seas, Travers! —masculló sin poderse contener Thomas Bernstein—. ¡No digas sandeces! ¡Tú mismo nos pusiste sobre la buena pista! ¿Ahora te vas a volver atrás?

—Primero —dije con serenidad—: ¿son ellos realmente los chicos que dieron el golpe en Waldwick?

—Claro que sí. Hemos hecho venir a toda prisa al camionero que los trasladó desde Spring Valley hasta allí. Los ha reconocido.

—Muy bien. Segundo: ¿fueron ellos los que robaron el coche de la muchacha, con ella dentro?

—Sí. Y no lo niegan.

—Pues bien: yo sólo he hecho que encontrar a unas personas que tuvieron relación con la asesinada, a partir de su salida de New York. En ningún momento he dicho que ellos fueran los que la mataron.

— ¡Por supuesto que fueron! —exclamó vehemente Bernstein, la frente perlada de sudor.

—Pero eso lo niegan.

— ¡Tienen miedo! ¡Saben lo que se les vendría encima!

—Puede ser que digan la verdad.

— ¡Un cuerno! ¡Está más claro que el agua! Una vez llegaron a Greenwich Village se procuraron la droga y se encerraron en una buhardilla, fumando porros e inyectándose heroína, divirtiéndose con Rhonda Peters. Por lo que sea, la estrangularon, cobraron miedo y se deshicieron de ella, dejándola desnuda cerca de los muelles y quemaron sus ropas y bolso, supongo que para entorpecer nuestras investigaciones. Luego regresaron a la buhardilla. Allí los encontramos tirados, pasándoselo en grande.

—Ya se sabe cómo es hoy día buena parte de la juventud —terció el Comisionado, con su voz de excelente orador—. Desgraciadamente está podrida, Unos se drogan y practican la promiscuidad otros se dedican al terrorismo. Ahí tenemos el caso de la semana pasada: tres jóvenes melenudos y sucios como éstos tirotearon al senador Humphrey en plena Third Avenue y lograron huir sin que aún hayamos podido atraparlos. Tenemos que acabar de una vez por todas con esta podredumbre juvenil.

—Ese es un método facilón —le repliqué. El capitán Grant abrió unos ojos como platos—. Creo que sería más serio y lógico terminar con lo que produce esa... «Podredumbre juvenil» —recalqué muy mucho sus palabras—. A veces me da la impresión de que un policía no es más que un basurero del sistema.

Di media vuelta, dejándolos con la boca abierta. Me introduje en la sala de interrogatorios.

Los tres jóvenes parecían tres muñecos de trapo al lado de los dos perros falderos de Bernstein.

— ¡Largo! —troné.

Clarkson y Forbes no debieron leer nada bueno en mi mirada y pensaron que les vendría muy bien un descanso, charlando y haciéndoles la pelota a los jefes de afuera. Cerré la puerta de un patadón.

La chica no tendría más de dieciocho años, estaba toda desgreñada y su mirada reflejaba un gran temor. Los dos chicos, aparte de vestir desastrosamente, oler a cien mil diablos y llevar unas melenas grasosas hasta los hombros, se encontraban como dos ovillos tirados en el suelo. Ella era la única que permanecía sentada en una silla.

—Hola, muchachos —dije.

Ellos levantaron la cabeza. Eran tan jóvenes como ella y sus ojos expresaban cansancio, dolor y miedo.

Saqué mi cajetilla de cigarrillos y ofrecí. Nadie aceptó. Yo encendí un pitillo.

—Me gustaría escuchar vuestra versión —dije, tomando asiento—. ¿Quién está dispuesto a contármela?

Tras mi pregunta, se hizo un espeso silencio. Yo aguardé, fumando tranquilamente. La chica no hacía más que mover una y otra vez un brazo; imaginé al bestia de Bernstein retorciéndoselo. Uno de los chicos se separó, se puso de pie y avanzó un poco temeroso hacia la silla que había al otro lado de la mesa rectangular, frente a mí.

—Yo... yo lo haré... —dijo, brotando sus palabras temblorosamente—, si sólo piensa escuchar.

—Por supuesto —le dirigí una franca mirada.

Tomó asiento y se pasó una mano por su sucia melena. Comenzó

a hablar:

—Moir, Tim y yo hacíamos auto-stop a las afueras de Spring Valley. No teníamos un centavo y queríamos llegar hasta New York. Un camionero se ofreció a llevarnos hasta Waldwick, a donde trasladaba una carga de tomates y verduras. En Waldwick no encontramos nadie que quisiera llevarnos y Tim se puso peor, necesitaba inyectarse cuanto antes y no teníamos ni droga ni dinero ni medio de locomoción. Por eso decidimos asaltar aquel *drug-store*...

—Casi matando a un hombre —agregué.

—No quería hacerle nada. Le amenacé con la navaja y le pedí el dinero de la caja. El tipo aquel la abrió y nos quiso tomar el pelo, sacando un revólver. Menos mal que estaba prácticamente encima de él y lo pinché. Sólo hice que defenderme. Si no hago aquello, a estas horas nos encontraríamos en un Depósito, cosidos a balazos.

—Ya.

—Para mí fue defensa propia, aunque ustedes no lo entenderán así. Es lo mismo que cuando ustedes le dan el alto, en nombre de la ley, a un individuo, y éste saca un arma. Se defienden, le golpean, le disparan, ¿no?

Era muy discutible aquello, pero lo dejé pasar. Me interesaba más lo otro.

— ¿Qué sucedió después?

—Nos asustamos mucho por lo sucedido y detuvimos el primer coche que vimos. Era un «Corvette» color frambuesa, conducido por una chica. La amenacé con la navaja todavía manchada de sangre, cosa que la amedrantó muchísimo, y la obligué a cambiar el rumbo, camino de New York.

— ¿Qué pasó por el camino?

—Nada en absoluto. Sólo le decíamos que corriera y corriera. Tim cada vez estaba más enfermo, necesitaba inyectarse y queríamos llegar cuanto antes a Greenwich Village. Allí conocíamos gente que nos la podía proporcionar.

— ¿No abusasteis de ella?

—No.

— ¿Ni ella la arañó?

— ¡No! —me chilló la tal Moira desde su sitio, rompiendo su mutismo.

— ¿Y luego?

—Al llegar a Greenwich Village, estábamos tan contentos que tuvimos un descuido. La chica echó a correr como una desesperada y la dejamos escapar. El coche se quedó allí, y yo tiré las llaves a una alcantarilla.

— ¿Eso fue todo?

— ¡Se lo juro! Fuimos a Dorian's y entramos en contacto con un

fulano llamado Smiley. El nos proporcionó la «mercancía» y una buhardilla donde podríamos disfrutarla. Allí estuvimos hasta que la policía nos sacó a palos.

—Aquí se piensa que pudisteis haberos llevado a la chica con vosotros, haberos divertido con ella y luego...

— ¡No! ¡Eso es falso! ¡No he hecho más que contarle la verdad de lo sucedido!

—Está bien —exclamé, apagando la colilla en el suelo, con el tacón del zapato. La mesa estaba completamente pelada, sin ningún cenicero siquiera.

— ¿Nos cree? —preguntó la chica, Moira, extendiendo sus brazos hacia mí, por encima de la mesa.

Tomé sus manos y las apreté.

—Os creo —dije, soltándolas y poniéndome en pie.

—Mi nombre es Gary Jasper —me dijo el que había estado charlando conmigo—. Yo soy el culpable de todo lo sucedido, no ellos —señaló a sus compañeros, sobre todo al caído, quien hasta el momento no había dado señales de vida—. Quiero que se tenga en cuenta señor.

—Hazlo constar así en tu confesión. Por cierto, ¿hacia dónde huyó la chica?

—Eché a correr hacia Hudson Street, desapareciendo al doblar la esquina.

—Gracias.

—Señor...

— ¿Sí?

—Haga algo por Tim. No puede más. Necesita una nueva dosis o ser internado. Por favor.

Di una cabezada de asentimiento y salí de la sala. Thomas Bernstein y sus perros falderos aguardaban con impaciencia, deseosos de seguir machacando. Los otros continuaban fumando, los rostros hoscós.

—Creo que se está perdiendo el tiempo con esos chicos —dije—. Habría que seguir buscando el rastro de Rhonda Peters por Greenwich Village.

—Su opinión no nos interesa en absoluto, Travers —me repuso acremente el Comisionado. Estaba dolido por mis anteriores palabras, se lo podía leer en su furiosa mirada. No hay cosa que más duela a uno que la verdad, porque hay que callar. Pero se busca la primera oportunidad para ensañarse, imponer la autoridad, aunque sea estúpidamente, por cabezonería—. Usted está fuera del asunto. El capitán Grant le asignará luego otro cometido.

Y cuando llegaban órdenes así, el que tenía que callar era yo, por estar sometido a una disciplina, formando parte de una maquinaria o

engranaje calificado en este caso como policial.

—Al menos, permítanme una última opinión: uno de esos chicos, el llamado Tim, necesita tratamiento médico con urgencia. Está muy mal.

El Comisionado ni me miraba.

— ¡Bernstein, siga con su trabajo! —ladró. Y el teniente y sus perros falderos se introdujeron rápidamente, casi babeando de placer, en la sala de interrogatorios.

Al momento hasta nosotros llegó un rugido de rabia. Y luego las exclamaciones del chico de la navaja.

— ¡Ese cerdo nos ha engañado! ¡Es como los otros!

Miré al Comisionado, al capitán, a Richard Peters. Sólo encontré rostros impasibles. ¿Qué buscaban en realidad: la verdad o resolver el caso como fuera? Asqueado, furioso con ellos y conmigo mismo, me alejé de allí, sumido en un mar de contradicciones.

Salí del Pólice Department como un sonámbulo y tomé mi automóvil. Conduje por la ciudad sin apenas fijarme en las calles. Cuando me detuve ante un semáforo en verde para permitirle a una anciana rezagada que alcanzara la acera y los de atrás me dedicaron una larga pita, volví un poco a este odioso mundo y me percaté que me encontraba en pleno corazón de Greenwich Village.

Aparqué el coche en Bank Street y me dirigí andando hacia la esquina con Hudson Street. Desde allí comencé un recorrido penoso, preguntando en todos lados por Rhonda Peters y no obteniendo nada positivo. Le compré unos perritos calientes a un vendedor callejero. Finalmente, cansado y desesperanzado, retorné al auto.

El radioteléfono sonaba con insistencia. Lo descolgué de mala gana. Se me ordenaba que fuera al Bowery. Habían acuchillado a una camarera de un sucio antro.

Fui.

El local estaba semidesierto, casi todo el mundo había huido despavorido. La chica se encontraba junto al mostrador, finamente degollada. El autor del «trabajo» había sido identificado por varios testigos. Se trataba del amante de la asesinada. Había entrado allí como un loco, ya empuñando el cuchillo, y la había acusado públicamente de haberle hecho cuernos mientras se encontraba en chirona. Todo un caso.

Una compañera sabía el nombre del fulano: Johnny Benson, también el lugar donde vivía amancebado con la muerta. Fui allí sin mucha convicción, llamé a la puerta y nadie me contestó. Comprobé que "se habían olvidado de cerrar por dentro y así pude pasar al interior. Me encontré al tipo despatarrado en el suelo, con las muñecas cortadas, desangrándose con gran rapidez, y la foto de su amante sobre sus labios. Todo un caso.

Telefonéé pidiendo una nueva ambulancia y me quedé allí fumando un cigarrillo. Por el tipo ya nada podía hacer porque estaba muerto.

Cuando regresé al Pólice Department para rellenar el informe pertinente, me llevé una sorpresa.

—Los chicos ya han confesado —me dijo el capitán Grant—. Firmaron hace un instante.

—Capitán —dije gravemente—. Se está cometiendo una gran injusticia. Con los métodos de Bernstein y sus acólitos hubiera firmado cualquiera su propia sentencia de muerte. No tiene ningún valor esa confesión.

—Ya veremos.

—Tienen que probarlo.

— ¿Usted puede probar que son inocentes? —Hay algunas cosas que no encajan, capitán. Si lo único que pensaban era en drogarse y los tres estaban atiborrados de «hierba» y heroína, no entiendo cómo Rhonda Peters se encontraba completamente limpia, sin ningún rastro de droga. Tampoco comprendo por qué la estrangularon con una cinta de cuero cuando lo que solían utilizar eran navajas. Y que yo haya visto, la chica esa, Moira, no lleva las uñas pintadas.

—Pudo habérselas limpiado.

—Si, claro.

—Olvide ese asunto ya, Travers. Está resuelto. Creo que le conviene un descanso. Duerma, medite y ya verá como mañana ve las cosas de otra manera.

—No creo.

—Debe controlarse. Su comportamiento con el Comisionado no fue nada correcto.

—Yo no soy un cordero como usted.

— ¡Travers!

—No se violento. Esto va a acabar ahora mismo. Voy a presentar mi dimisión.

Fue dicho y hecho. Dos horas más tarde, cuando las sombras de la noche ya habían caído sobre la ciudad, salí a la calle convertido en un ciudadano más.

No me dolía en absoluto lo que había hecho, ni pensaba arrepentirme más tarde. Era algo que estaba viendo llegar desde hacía mucho tiempo y que al fin había estallado.

Cené sin mucho apetito en un *snack-bar*. Luego, aburrido, decidí encaminarme a casa de Sue Flanagan.

Cuando me abrió la puerta, envuelta en un batín rojo como la sangre, me miró como si fuera un resucitado. Me bastó una mirada a sus ojos para saber que ella ya tenía conocimiento de lo ocurrido unas horas antes.

—Dijiste que no vendrías —argumentó, sin dejarme pasar.

—Cambié de parecer.

— ¿No sabes en qué hombro llorar?

—Tal vez sea eso.

—No será en el mío. Estás acabado, Mark.

—Sue, yo...

—Olvídame.

— ¡Condenación, todo el mundo quiere que olvide! —estallé, empujándola y pasando al interior del apartamento—. ¿Es que nadie está dispuesto a comprenderme?

— ¡Eres un loco, no estás en tus cabales! ¡Contigo no se puede ir a ningún lado!

—Ya.

— ¡Podías ser ya teniente de detectives lo menos, todo el mundo lo sabe! —siguió gritando, exasperada. Parecía dispuesta a tirármelo todo en la cara en aquellas horas de la noche—. ¡Pero tu carácter, tu forma de ser, tu rebeldía, mira adonde te ha llevado! ¡No sabes acatar órdenes, circunscribirte a los patrones marcados, decir sí, señor! ¿Crees que así se puede ir a algún lado? ¡Tú nunca serás nadie, a pesar de lo mucho que vales, Mark, ya te lo dije una vez! ¡Vete de mi vista!

Aguanté estoico el chaparrón. Una voz varonil que conocía muy bien puso el broche final a la bella escena.

— ¿Qué infiernos ocurre aquí? ¿A qué viene tanto grito, Sue?

Por el pasillo apareció Stuart Margolin, uno de los ayudantes directos del Comisionado, que trabajaba conjuntamente con Sue. Hacían, por tanto, una buena pareja.

No dije nada. Apretando fuertemente la mandíbula, giré sobre mis talones y salí silenciosamente del apartamento. Escuché a mi espalda el portazo.

La noche me recibió con su quietud y su oscuridad. Dócilmente, me dejé engullir por ella.

CAPÍTULO V

Cometí un error por la noche: tratar de analizar mi conducta. Con ello no conseguí otra cosa que no pegar ojo y escuchar pasar las horas en mi reloj del comedor.

Por la mañana estaba dispuesto a cometer un segundo error: continuar por mi cuenta y riesgo con las investigaciones del caso de Rhonda Peters. Como ya se sabe, el hombre es el único animal que tropieza dos veces con la misma piedra.

Me llevé una gran sorpresa al salir a la calle y encontrarme con Sheila Parkins.

—Hola —me saludó jovialmente.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Cuando nos despedimos no me diste siquiera tu teléfono —me recriminó.

—Lo siento.

—Quería saber cómo iba el asunto de Rhonda. Por ello me presenté hace un rato en el Pólice Department y pregunté por ti.

—Aja. Entonces ya sabrás demasiado.

Ella endureció el gesto.

—¿Cómo es posible que ya no seas policía?

—Es muy largo de contar.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

—Está bien —suspiré—. Ven conmigo.

Fuimos hacia mi coche, un «Ford» de segunda mano que no tenía nada que ver con el oficial. Ella había venido hasta allí en autobús.

—¿Adónde vamos? —me preguntó.

—A Greenwich Village —respondí al arrancar.

Por el camino le proporcioné una somera explicación de cuanto había sucedido el día anterior. Ella escuchó atentamente, sin interrumpirme. Supongo que cualquier alto cargo del Pólice Department la hubiera considerado una visión subjetiva y parcial.

Las palabras que luego ella me dedicó, me reconfortaron en gran manera.

—Creo que has hecho bien.

Dejé el coche en Bank Street, como el día anterior pero en esta ocasión decidí recorrer toda la zona comprendida entre Blecker Street y West 4th Street.

Reinaba un discreto ambiente a aquellas horas de la mañana. Muchos de los tugurios permanecían todavía cerrados, los ruidos no predominaban, la mayor parte de los vecinos no parecían haberse enterado de que ya había amanecido.

Le expliqué rápidamente a Sheila lo que pensaba hacer.

—Es un trabajo rutinario y pesado —le dije finalmente—. No tienes por qué venir conmigo.

—Tengo el día libre, te repito. Y además, me interesa el asunto. Rhonda era una gran amiga mía. Si tú consideras que esos hippies son inocentes, eso quiere decir que el o los asesinos todavía continúan en libertad.

—Me temo que sí.

—Entonces, no se hable más. Trabajaremos juntos para que resplandezca la verdad.

—Eso parece una frase publicitaria.

Los dos nos echamos a reír, comenzando a caminar por Blecker Street. Conforme fueron pasando las horas, sin conseguir ningún resultado positivo, ella empezó a dar muestras de cansancio, aunque procuraba disimular y cuando yo la miraba o le preguntaba por sus ánimos, forzaba una sonrisa y pedía que siguiéramos. Comencé a admirarla por su empeño y coraje.

En todos los sitios era igual: enseñar la foto de Rhonda Peters y preguntar si la habían visto la noche del lunes pasado. La respuesta también era la misma: no.

Un trabajo de investigación, ya sea policial o particular, suele ser normalmente monótono y pesado, por lo que la mayoría de las historias detectivescas poco o muy poco tiene que ver con la realidad, en estas últimas siempre predomina la acción, el ritmo, los tiroteos, los puñetazos. Pregúntenle a un policía o a un detective privado. De lo que más saben es de suelas de zapatos.

Almorzamos en una *pizzería*, ella prácticamente extenuada, yo empezando a dudar de mis ideas.

—No vamos a abandonar —dijo Sheila, cuando yo insinué algo por el estilo. El vaso de agua que le habían servido se lo bebió de un solo trago—. Si Rhonda escapó, de esos hippies, a alguna parte debió ir, alguien la vería...

—Eso es lo que yo creía, pero...

—No hay peros que valgan.

Era más tozuda que yo. Y, ya con el estómago satisfecho, de nuevo nos pusimos al trabajo.

Como no quiero que se cansen de la historia y la echen a una papelera, sólo les contaré la parte final de la investigación.

Sucedió a media tarde, cuando decidimos recorrer las calles situadas entre los muelles y Hudson Street... El ambiente de

Greenwich Village había cambiado por completo para ese entonces, era más ruidoso, colorido y animado.

Nos introducimos en uno de los bares de Charles Street, una especie de cueva semioscura que olía a todo menos a higiene. Una música estridente te hacía polvo los tímpanos y la clientela, jóvenes en su mayor parte, andaba echada por el suelo. El mostrador era una circunferencia perfecta en mitad del local, iluminado por unos faroles de papel rojo y amarillo.

Le mostré la fotografía a uno de los dos *barmen* que atendían. El tipo era escuálido y pálido, de nariz aguileña. Sus ojos de pescado me escrutaron.

— ¿Policía? —preguntó.

—No —y por primera vez sentí la tranquilidad de conciencia que da no mentir.

—Esta chica parece...

—Está muerta.

— ¿Entonces...?

—Estamos averiguando por nuestra cuenta qué hizo la noche del lunes. Sabemos que estuvo aquí, en Greenwich Village, pero no dónde y con quien.

—Mire, amigo, yo no quiero problemas...

—Pero, ¿sabe algo?

—Déjelo —me devolvió la foto—. ¿Qué van a tomar?

—Le aseguro que no va a tener problemas. Incluso puedo gratificarle.

Se lo pensó.

Yo saqué mi billetera, depositando una buena cantidad de dinero sobre el mostrador.

El tipo aún vaciló unos instantes más, pero ya bastante minada su conciencia. Sus dedos se movieron ágiles al atrapar los billetes.

—De acuerdo —dijo—. ¿Qué desea saber?

—En primer lugar, ¿la conoce?

—La vi esa noche, sí.

— ¿Cómo fue?

—Entró aquí como si la persiguieran cien mil diablos. Llegó ante mí respirando entrecortadamente, con mucho miedo en su rostro. Por eso me llamó la atención. Le pregunté si le ocurría algo y me contestó que no. Luego me pidió que le sirviera una limonada fresca.

— ¡Seguro que era ella! —exclamó Sheila—. ¡Era su bebida preferida!

— ¿Y luego? —pregunté.

—Ocurrió una cosa curiosa. Para pagarme se quitó una de las botas y de ella sacó el dinero.

— ¿Qué más?

—Tomó su vaso y se mezcló entre la gente. A esas horas esto estaba lleno a rebosar, tenía muchos a quien atender. Ya no volví a saber de ella.

— ¿No sabe cuándo salió?

—No.

— ¿Ni si se vio con alguien?

—No. Ya le he dicho que la perdí por completo de vista. Se perdió entre la clientela y yo me despreocupé de ella. De verdad que no sé más.

—Está bien —me di por vencido. Al menos había comprobado ya algo no andaba descaminado.

—Oye, tú, ¿ayudas o qué? —le espetó el otro *barman* al que nos atendía, acercándose a nosotros—. No estoy yo aquí para que tú te dediques a platicar.

—Hasta otra —se despidió nuestro informante, poniéndose a servir a los sedientos energúmenos.

—Oiga —llamé la atención de su compañero.

— ¿Qué deseas: un whisky bien cargado?

Era un sujeto desgarrado, de lacias melenas, muy moreno. Sus ojos eran casi transparentes.

—Le estaba preguntando a tu compañero por esta chica. Estuvo aquí la noche del lunes.

El *barman* me dirigió una profunda mirada.

— ¿Eres de la bofia?

No debía haberme duchado lo suficiente esa mañana y aún me quedaba olor.

—Esto es una investigación privada —respondí—. Deseo saber qué hizo esta chica aquí, esa noche. ¿La recuerdas?

—A ver —tomó la foto y la miró mejor—. Creo que sí... Claro, la chica de la limonada. ¡Qué asco! ¡Debían prohibir esas bebidas o sólo venderlas para los biberones de los recién nacidos!

— ¿La viste ese lunes?

—Sí. Se acercó a mí en compañía de otra mujer. Iban cogidas de la mano. Ella me entregó el vaso vacío y el olor a limón me insultó las narices. Por eso me fijé en ellas. La chica esa, además, parecía algo temerosa.

— ¿Y la otra mujer?

—Esa me preguntó si el antro tenía puerta trasera. Yo le dije que sí y le indiqué dónde estaba. Hacia allí se dirigieron las dos.

—Pero ¿cómo era esa mujer? ¿La recuerdas?

—Más o menos.

Y la descripción que me hizo coincidía punto por punto con la de Vivian Anderson.

SEGUNDA PARTE

LA PODREDUMBRE DEL SISTEMA

CAPÍTULO PRIMERO

Decidí dejarlo estar para el día siguiente por dos razones: una porque ya era demasiado para ese día y ambos, tras la victoria final, necesitábamos un bien merecido descanso; y otra porque quería coger sola en casa a la tal Vivian Anderson. A pesar de lo mucho que me había sorprendido e intrigado su inesperada aparición en escena, dentro del caso, con una vinculación al parecer directa con los extraños sucesos de la noche del lunes, supe aguantarme. Y en ello colaboró muy estrechamente mi joven y desinteresada compañera de fatigas.

Sheila, creyendo que yo no sabía quién era Vivian Anderson, comenzó a explicármelo cuando salimos de aquella especie de cueva semioscura.

—Es la amiga del padre de Rhonda. Bueno, más que eso. De una forma cruda: su amante.

—Lo sé. Estaba con él la noche que fui a comunicarle la tragedia.

—Oh.

—De todas formas, ¿sabes algo de interés sobre ella?

Me lo contó una vez alcanzamos el coche.

—Lo poco que me comentaba Rhonda. Su padre se quedó viudo muy joven. A partir de entonces se convirtió en lo que podríamos llamar, sin temor a equivocarnos, un mujeriego empedernido. Se dedicó a tener ligues sin mucha consistencia, con mujeres más bien fáciles, de esas que les atraen el dinero, el confort y las joyas. Vivian Anderson es la última, por el momento. Ella era modelo. Richard Peters le pidió que se lo dejara y fuera a vivir con él. Y eso hizo. Así creo que llevan unos meses. Pero la cosa no durará más de un año, eso es lo que comentaba Rhonda. Al final su padre la cambiaría por otra.

—No es una imagen muy perfecta para un hombre que se dedica a la política.

—No es eso exacto. El es asesor legal de un hombre que se dedica a la política: el senador demócrata Edward J. Simpson. Su bufete, uno de los más importantes de la ciudad, se ocupa también de otras cosas.

—Con eso que me acabas de contar, uno puede deducir que tal vez las relaciones padre-hija no fueran muy boyantes que digamos.

—Bueno, hoy día es muy difícil que un joven se entienda con sus padres. El mundo ha corrido demasiado aprisa y nos separa un gran

abismo generacional. Lo que le ocurría a Rhonda era normal. Pero ella quería a su padre, te lo puedo asegurar firmemente.

Así hablando llegamos sin apenas darnos cuenta hasta su apartamento. Ella me invitó a subir.

Acepté.

Sheila preparó unos combinados y continuamos nuestra conversación, ya instalados cómodamente en el *living*.

—No entiendo cómo Vivian Anderson dio con Rhonda —dijo ella, bebiendo un sorbo y humedeciéndose los labios—. Rhonda iba al camping y si regresó a New York fue por obligación. Nadie lo podía saber.

—Cierto —asentí. El whisky que había servido era de primera calidad, valía la pena paladearlo—. Pero hay una explicación, al menos. Tal vez ella, Rhonda, la llamara por teléfono desde aquel antro, cosa que pasó desapercibida para nuestros amigos los *barmen*. O bien se encontraran casualmente, pero yo no suelo creer mucho en ese tipo de coincidencias.

— ¿Y por qué recurrir a Vivian?

Me encogí de hombros.

— ¿Por qué no me llamó a mí o a su padre? —siguió diciendo, intrigada.

—Una buena pregunta. Vivian Anderson negó tener una fuerte amistad con Rhonda.

—Que yo sepa, no la tenían. Rhonda nunca vio con muy buenos ojos a ninguna de las amistades femeninas de su padre. A todas las clasificaba como furcias de alto nivel. Recuerdo que en muchas ocasiones criticaba lo que le repugnaba ver cómo se lapidaba o se repudiaba a una esquinera y cómo las mujeres como las amiguitas de su padre entraban tan campantes en cualquier fiesta de alta sociedad, recibiendo sonrisas y parabienes.

—Vivimos en un mundo de hipocresía ilimitada en el que manda el poder del dinero. Todo gira asquerosamente en torno a él y sus intereses creados.

— ¿Incluso este caso?

—Podiera ser. Comienzo a tener la sospecha de que este asunto es mucho más sucio de lo que en un principio parecía —bebí un largo trago, chasqueando después la lengua con cierto deleite—. La primera apariencia es que podía tratarse de unos violadores de los muelles, de unos psicópatas, pero ¿por qué dejarla completamente desnuda y quemar sus pertenencias? No concordaba mucho con el «modus operandi» de ese tipo de gente, normalmente desequilibrada, que actúa con prontitud y salvajemente, sin muchas florituras. Tampoco con la de esos tres jóvenes drogadictos que han apresado. Se lo dije al capitán: es muy extraño que no forzaran a Rhonda a drogarse,

también que al matarla no lo hicieran de un navajazo. Por otro lado, la chica no lleva las uñas pintadas. Y resulta hartó estúpido, tras cometer un crimen, quedarse en la zona, continuando la orgía.

— ¿Llegaste a hablar con ellos?

—Sí.

— ¿Y qué te parecieron? —preguntó, removiéndose en la butaca para buscar una mejor posición. Luego, cabalgó una pierna sobre la otra, ofreciendo un bello panorama.

—Unos jóvenes descarriados como muchos otros que andan por ahí, huidos de un mundo hostil que no ha sabido entenderlos y para el cual ha sido mucho más fácil etiquetarlos de basura y ordenar que los retiren de la circulación. Son esos vagabundos eternos que muchas veces nos encontramos por ahí, drogadictos perdidos, capaces en muchas ocasiones de llegar al crimen, sí, pero que su conducta está marcada sobre todo por una total anarquía. Y no creo que sea este el caso.

— ¿Qué piensas: que tal vez hicieron todo aquello de la violación y la quemadura de ropas para despistar?

—Posiblemente.

— ¿Y quiénes?

—No soy capaz aún de imaginarle.

— ¿Vivian Anderson puede tener relación?

—Hum. Ya veremos mañana.

Apuré el combinado y decidí marcharme, depositando el vaso sobre una mesita. Ella también se puso de pie, encarándome.

— ¿Qué prisa tienes?

—Quiero ir pronto a casa de Richard Peters, por ejemplo a las nueve. A esa hora él ya se habrá ido a su trabajo y ella no creo que se haya levantado todavía de la cama.

Los dos sonreímos con este comentario. Ella dijo:

—No está mal pensado.

—Bueno, gracias por tu compañía y la copa.

—No hay de qué.

Nos quedamos mirando unos instantes, sin saber qué decir más. Finalmente yo eché a andar hacia el recibidor.

Ella me abrió la puerta. Atravesé el umbral y giré para despedirme:

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Me encaminé hacia el ascensor. Apreté el botón de llamada, aguardando su llegada.

—Mark.

— ¿Sí? —giré la cabeza.

— ¿Podría acompañarte mañana?

—Si te empeñas...

—Me empeño. Estoy libre y quiero seguir de cerca este caso.

—Está bien. Pasaré a recogerte.

El ascensor llegó, abriéndose las puertas automáticamente. Vacilé. Las puertas volvieron a cerrarse, sin que yo me introdujera en el interior.

Me volví. Sheila continuaba en su sitio, sonriendo. Avancé hacia ella.

— ¿Te olvidas algo? —pregunto, levantando levemente la barbilla, sus ojos algo brillantes.

—He pensado que es una tontería que mañana pase a recogerte. , ...

—Actúas con retardo, cariño —dijo, haciéndose a un lado. Pasé y ella cerró.

CAPÍTULO II

No me equivoqué en mis deducciones: a Vivian Anderson la sacamos de la cama.

La puerta de la casa nos la abrió una señora entrada en carnes, carirredonda, de unos cuarenta y pico de años, con un gracioso moño en la nuca. Era bastante parlanchina. Se presentó como mistress Fairbanks, y acudía allí por la mañana para prepararle el desayuno al señor Paters y ya se quedaba haciendo las faenas propias de la casa hasta después de la cena. Por supuesto, Richard Peters ya no se encontraba allí: hacía una hora que se había marchado. Qué pena. ¿Podríamos, sin embargo, tener el gusto de hablar con la señorita Anderson?

Pasamos a la salita de la otra noche. Quince minutos más tarde apareció Vivian Anderson. Lo hizo envuelta en un batín y a pesar de que se debía haber enjugado la cara y retocado los cabellos, seguía mostrando todas las trazas de una persona somnolienta, recién salida de la cama.

—Oh, usted —dijo al verme. Posiblemente mi nombre y saber que venía acompañado por una mujer no le había dicho mucho.

—Hola. Buenos días.

—Buenos días.

—Le presento a Sheila Parkins.

—Creo que nos conocemos, ¿no, preciosa? Eras amiga de la pobrecilla Rhonda.

—Sí —asintió Sheila—. Nos hemos visto en un par de ocasiones, si no recuerdo mal.

— ¿A qué han venido? —preguntó.

—Quería hablar con usted. A solas —remarqué estas últimas palabras.

—No le entiendo —murmuró, frunciendo el entrecejo.

—Deseaba que no estuviera presente el señor Peters. Eso es lo que quiero decir.

Vivian Anderson respingó. Luego trató de calmarse y con aplomo dijo:

—Tengo entendido que usted ya no es policía.

—Las noticias vuelan.

— ¿Es así?

—En efecto.

—¿Entonces con qué derecho se presenta aquí, solicitando mi conversación?

—Con el derecho de la buena voluntad —sonreí humildemente, sin querer mostrar aún mis cartas.

Ella creyó tener los cuatro ases en sus manos. Se mostró altiva y dura:

—Mire, señor Travers. Lo siento. Estoy muy cansada y no tengo nada que decir, menos con usted.

—Aja.

—Llamaré a la señora Fairbanks para que les acompañe hasta la puerta.

—Espere un momento —dije, cuando ella ya iba a tocar el timbre.

—¿Qué? —inquirió, rozando con la yema del dedo índice el botón.

—Como veo que no vamos a poder hablar por las buenas, lo haremos por las malas.

—Si piensa mostrarse brutal, le demandaré. Sus propios compañeros se encargarán de usted.

—Qué más quisieran. Pero mis métodos, salvo raras excepciones, no son brutales, señorita Anderson. Entendió mal mis palabras anteriores, cuando le hablé de por las malas. Siéntese, haga el favor, y escúcheme.

—¿Y si no quisiera? —me desafió, todavía segura de sí misma. Pero que no hubiera apretado ya el timbre significaba que estaba un tanto intrigada.

—Lo hará por su bien. Creo que ya sé por qué mostró aquella sospechosa curiosidad la noche que estuve aquí.

—¿Sí? —sus ojos se achicaron.

—Usted tenía miedo y quería saber.

Apartó el dedo del timbre y avanzó hacia mí con gesto furioso, exclamando:

—¿Qué tontería dice?

—Siéntese.

—¡No quiero!

Cuando estuvo a escasas pulgadas de mí, se lo espeté:

—¿Recuerda un lugar llamado The Cave?

Eso la paralizó. Me miró muy fijamente, sin poder articular palabra. Yo le dediqué una maligna sonrisa, invitándola con el gesto a que tomara asiento. Definitivamente, con mucha lentitud, me obedeció.

Saqué una cajetilla de cigarrillos y le ofrecí. Aceptó. También Sheila. Todos fumamos. Eso pareció descargar un poco el ambiente.

La voz de Vivian Anderson sonó ronca, desconocida, al preguntar:

—¿Qué sabe?

—Sé que usted vio esa noche a Rhonda. Me refiero a la noche del lunes.

—Ya.

—Di con su rastro. Usted y ella se reunieron en The Cave. Ahora quiero saber qué relación tenía con ella, cómo se encontraron y qué pasó después.

—¿No pensará que... que yo la maté? —balbuceó con cierta aprehensión.

—Primero quiero oír su versión de los hechos. Me encanta escuchar a las personas. Luego «acaré mis propias conclusiones. Ahora no tengo ninguna.

Vivian Anderson dio una larga chupada. Sheila y yo permanecíamos de pie, frente a ella.

—¿Qué pasará conmigo? —preguntó, todavía sin decidirse a contar su historia.

—No lo sé. No le puedo prometer nada. Tenga en cuenta que hay tres jóvenes acusados de asesinato.

—Ellos han confesado.

—Les han obligado a confesar —rectifiqué—. Si a usted la hubieran tratado igual, habría firmado que mató a sus padres. Todo tiene un límite, más ellos con un estado psíquico desequilibrado y un compañero al que se le negaba la asistencia médica...

—Creo que nos estamos desviando del tema —terció Sheila, impaciente.

—Es verdad —reconocí—. Haga el favor de empezar por el principio, señorita Anderson.

La amante de Richard Peters aún vaciló unos segundos. Luego, al soltar la bocanada de humo, también escupió su escondido secreto:

—Rhonda me gustaba.

* * *

Sheila y yo nos quedamos un instante mudos, perplejos. Después yo balbuceé:

—¿Cómo?

Vivian Anderson dio otra nerviosa chupada a su cigarrillo. Lo consumía velozmente.

—Yo no le hago ascos a las mujeres, de vez en cuando me gusta saltar a la otra acera, más si son jóvenes y bonitas —confesó sin ruborizarse, mirando a Sheila. Esta compuso una mueca como réplica—. Rhonda me gustaba, repito. Durante el ejercicio de mi profesión he tenido que convivir con muchas mujeres, algunas me enseñaron cosas muy interesantes. Algo de eso le insinué a Rhonda, pero ella no me

hacía caso, se lo tomaba a risa.

— ¿Y?

—Decidí saber si en su vida había alguien más.

— ¿Cómo?

—Contraté a un detective privado.

— ¿Quién? —saqué block y bolígrafo.

—No quería llamar demasiado la atención, así que tomé los servicios de un tal John Considine, con oficina en el Bowery. Un detective sin mucha importancia, que no me reconociera.

— ¿Qué más?

—Empezó a vigilarla la semana pasada. Rhonda llevaba una vida normal. Frecuentaba algunas amistades, sobre todo a esta chica, pero nada más.

—Muy bien. Pasemos al lunes.

El cigarrillo ya se le había consumido. Sheila le aproximó un cenicero para que no tuviera que levantarse y prosiguiera rápidamente con la charla.

—El lunes Rhonda dijo que se iba a ir unos días fuera, a descansar. Pensé, tal vez llevada por mis celos, que se iría con alguien. Por ello telefoneé al detective privado y le encargué que la siguiera.

—Y es lo que hizo, ¿no?

—En efecto. John Considine fue tras ella. Rhonda se marchó sola, dirigiéndose hacia el estado de New York. Pero en Waldwick sucedió un hecho imprevisto y...

—Todo eso lo sabemos. Sáteselo.

—Bueno, John Considine vio cómo ella escapaba de las garras de esos hippies, casi cuando estaba a punto de intervenir para rescatarla, pues hasta entonces no se habían detenido en ningún momento, corriendo como locos por la carretera. Los hippies no la persiguieron, pero Considine, sí. La vio entrar en The Cave. Entonces me telefoneó comunicándome todo lo que había visto. Decidí que podía ser una buena ocasión para comenzar lo que quería. Ella estaría asustada, deseosa de alguien que la ayudara y protegiera.

—Y por eso fue allí, ¿es eso?

—Sí.

— ¿Cómo se excusó?

—Una coincidencia. Me gusta recorrer por las noches los tugurios de Greenwich Village, cuando logro escaparme del pesado de su padre. Ella se lo creyó en seguida. La pobre estaba muy asustada, no hacía más que repetir que todavía veía la sangre que goteaba de la navaja. No sabía si los había conseguido despistar del todo.

—Por ello decidieron salir por la puerta trasera.

—Ella insistió. Yo sabía que los hippies no la habían seguido, Considine así me lo había comunicado, pero no quería descubrirme

También habló de que debíamos avisar a la policía.

—Bien. Ahora viene lo más interesante. ¿Qué sucedió a partir de entonces?

—Yo la convencí para ir a mi antiguo apartamento. Aún lo conservo, para el día que las cosas vayan mal. Le dije que desde allí llamaríamos a la policía y a su padre.

— ¿Fueron allí?

—Si.

— ¿Y qué pasó? —Bueno...

Vivian Anderson se mordió el labio inferior, con gesto contrariado.

—Vamos, señorita Anderson, no se detenga ahora en el relato. ¿Qué pasó entre ustedes? Le juro que somos personas adultas y no hay niños escuchando.

—Bueno —retomó su última palabra—, el resultado fue que cuando más dócil parecía y todo marchaba bien, de pronto reaccionó violentamente, rebelándose como una fiera, insultándome, gritando, llamándome guarra y otras cosas peores. Pelearnos...

— ¿Y...?

—No la maté, si es eso lo que están pensando Pelearnos como gatas rabiosas en la cama, estirándonos de los pelos, golpeándonos.

— ¿Fue usted quien la arañó?

—Sí, yo fui. Precisamente eso la enfureció horriblemente. Y tomó el cenicero que había en la mesita de noche.

— ¿Qué ocurrió?

—Con él me golpeó en la cabeza. Me quedé inconsciente y sólo sé que cuando recobré los sentidos, ella ya no estaba allí y yo tenía un gran chichón. Esa es la verdad. Todavía me queda un poco de hinchazón. Puede tocar.

Me invitó con una mano. Lo comprobé.

— ¿Eso es todo?

—No volví a saber de ella hasta que usted apareció por aquí la otra noche.

—Y usted calló.

—Compréndalo.

—También cuando esos muchachos fueron acusados.

Ese detective privado que usted contrató podía haber confirmado la declaración de ellos.

—Se confesaron culpables.

—Eso fue después. Ahora está claro que dijeron la verdad. Rhonda huyó de ellos.

— ¡No podía hacer otra cosa! —exclamó—. ¡Estaba atrapada! ¡Ya me costó un buen dineral cerrarle la boca a Considine, en cuanto supo que Rhonda había aparecido asesinada!

—Y más que le sangrará si es un tipo con pocos escrúpulos y usted continúa callada.

En ese instante un portazo nos dejó mudos y expectantes. Acto seguido aparecieron en la salita el dueño de la casa y un joven de unos veinticinco años, bien vestido, apuesto, de espigada figura y ojos oscuros penetrantes.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? —ladró Richard Peters, afoscando el gesto.

CAPÍTULO III

Aquella aparición me cogió de total sorpresa. Por unos instantes no supe qué decir y me limité a apagar la colilla en el cenicero que todavía sostenía Sheila, mientras meditaba rápidamente mi respuesta.

— ¿Qué hacen ustedes aquí? —repitió el dueño de la casa. Se le notaba algo más que asombrado, molesto. Su acompañante mantenía una postura expectante.

Al fin reaccioné:

—De visita, —respondí, queriendo tomarme unos segundos más de tregua. Con una mano señalé a Sheila—: ¿Conoce a la señorita Parkins?

—Por supuesto.

No dije nada más, clavando mi mirada en su joven acompañante, esperando que nos lo presentara. No tardó mucho en caer en la cuenta.

—Hank Presley. Es colaborador mío. Trabaja en mi bufete de la ciudad.

Yo di mi nombre y Sheila el suyo, al tiempo que estrechábamos nuestras" manos. A todo esto, Vivian Anderson continuaba sentada en la butaca, las manos enlazadas, como una mujer sumisa; pero en su mirada se podía leer que estaba pensando con gran rapidez, posiblemente preparando su defensa.

— ¿Tiene algo que ver con Jonathan Presley, el dueño de las industrias cárnicas? —le pregunté al joven.

—Sí, señor —repuso—, Es mi padre.

—Y buen amigo mío —agregó el dueño de la casa—. Su hijo acabó hace poco su carrera de abogado y yo le ofrecí un sitio a mi lado para que vaya amoldándose y adquiriendo soltura en la profesión. Era también buen amigo de Rhonda. Me hubiera gustado mucho que los dos...

—Por favor, señor Peters.

—Tienes razón, Hank. No vale la pena amargarse la vida. Dejemos este penoso recuerdo a un lado y vayamos a lo que nos ocupa y preocupa —me encaró con cierta dureza en su mirada—. Aún no me ha dicho la razón por la que se encuentran ustedes aquí... de visita.

—Bueno —me humedecí los labios con la punta de la lengua—. Sheila quería darle el pésame...

—Oh.

—Lamento mucho lo sucedido, señor Peters —dijo mi compañera, acercándose al padre de la asesinada y dándole un beso en cada mejilla.

—Gracias, Sheila. Pero no entiendo cuál es la relación entre ustedes dos.

—Nos conocimos durante la investigación que yo realicé —le expliqué—. Bien: ella quería darle el pésame y yo deseaba hacer unas preguntas. Fue por eso que decidimos venir juntos aquí, a su casa.

Richard Peters frunció la nariz, como si no oliera bien.

—Usted ya no es policía —dijo.

—Cierto.

—Y el caso está resuelto.

—Eso dicen.

—No le comprendo, Travers.

—Han surgido nuevos hechos que distorsionan un poco la historia creada por mis ex compañeros.

—No la crearon ellos —me rectificó con mucha seriedad—. La confesaron esos gamberros.

—Les obligaron.

— ¡No puede decir usted eso! ¡Está ofendiendo al Cuerpo de Policía!

—Ustedes les presionan desde las alturas exigiéndoles diligencia y prometiéndoles atenciones que se les tendrán en cuenta, y ellos quieren demostrar lo rápidos y sagaces que son, para merecer ante sus ojos. Eso es lo que normalmente ocurre, aunque a veces las cosas son peor y apestan a podrido. Espero que no sea este el caso.

—Travers, si esto lo oyeran en...

—Bien, dejémoslo — le interrumpí—. Ha sido usted quien me ha tirado de la lengua. No quiero discutir de estas cosas con usted. Como le decía antes, han surgido nuevos hechos.

— ¿Cuáles?

—Ahora tengo pruebas de que su hija huyó realmente de esos jóvenes al llegar a New York, más concretamente a Greenwich Village.

Richard Peters se tironeó una oreja, mirándome fijamente.

— ¿Qué pruebas?

Miré entonces a Vivian Anderson. Esta se encontraba pálida e inmóvil como una muerta, soportando sobre sí cuatro pares de ojos.

—Le exijo que se explique, Travers.

—Es mejor que se lo cuente ella.

El dueño de la casa se acercó a su amante con paso lento. Hubo unos segundos de honda expectación. De pronto, Vivian Anderson saltó de la butaca como si la hubiera expulsado una catapulta y exclamó:

— ¡No sé de qué habla! ¡Ha venido aquí haciendo preguntas estúpidas, con el ánimo de liarme! ¡Tienes que protegerme, Richard, cariño, tú eres abogado! ¡Yo soy una pobre, mujer indefensa y él se las sabe todas!

No esperaba menos de ella. Era de todo punto lógico, a pesar de su amansamiento durante nuestra entrevista, que no querría echar todo por la borda, posición, dinero, amante, a las primeras de cambio, sin al menos una breve lucha. Y en esa baza iba a tener una gran importancia su poder persuasivo.

—Tengo una testigo —dije, señalando a Sheila.

— ¡Ella está confabulada con él! —tomó por un brazo a su amante, como buscando protección en él. Richard Peters se sintió muy reconfortado, supongo que su alma de caballero defensor de una desvalida mujer le salió a flote—. No sé exactamente qué se proponen, cariño, tal vez sea sacarnos dinero. Y han empezado por presionarme a mi primero. Por eso han venido a estas horas de la mañana. Confiaban, muy ladinamente, en que tú estarías en el trabajo.

— ¿Es eso cierto? —me pregunto el dueño de la casa, acariciando el brazo de Vivian Anderson.

—A medias.

—Fue una suerte que vinieras tan oportunamente, querido.

—Olvidé unos documentos y Hank se ofreció a traerme en su nuevo coche, para que lo viera y le diera mi opinión.

—Así podrá escuchar una bonita historia —dije.

— ¡Tíralo de casa, Richard! ¡Ya basta de oír difamaciones! ¡Demuéstrale que no queremos saber nada de él, sus patrañas y sus chantajes!

—Lo hace muy bien, señorita Anderson —ironicé.

—Váyase, Travers —decidió el dueño de la casa—. Aquí no tiene nada que hacer.

—Creí que le interesaba el caso de su hija.

—Ya le dije que está resuelto.

—Es usted muy incrédulo.

—Estoy satisfecho con la labor de la policía. Hay que confiar en los hombres que sirven la ley y el orden.

—Esa frase está muy bien para cuando lo entrevisten en televisión, o en la campaña electoral de su amigo Simpson. Desgraciadamente, los policías son hombres con sus errores, con sus vanidades, con sus ambiciones, con sus psicopatías...

—Parece mentira que diga usted eso.

—Volvemos a lo de antes, señor Peters. Lo digo porque lo he vivido. El Cuerpo de Policía no es más que una escalera más de la vida, con sus hermosos y seductores peldaños. Y todos quieren subirlos, estar arriba. Esa es la única invitación que ofrece el mundo

de hoy: ser un triunfador. La honradez profesional importa bien poco; sólo buscan resultados y agradar a los cargos del poder, y algún otro escudarse en ello para satisfacer sus bajos instintos...

—Es usted un hombre frustrado y amargado.

—Posiblemente: sólo me basta ver la realidad que los instintos...

— ¡Deberían encerrarlo! —chilló desaforadamente Vivian Anderson, volviendo a la carga, su rostro expresando odio hacia mi persona—. ¡Es un tipo peligroso!

—Seguro que sí —sonreí con desgana—. Para la basura criminal, tienen al basurero policía. Para la basura mental, al basurero psiquiatra, ¿A cuál van a llamar los señores?

— ¡Lárguese ya, Travers! —me espetó, el rostro enrojecido, el dueño de la casa.

—No —dije con dura entonación—. Antes me va a escuchar, señor Peters.

Avancé hacia él y fue entonces cuando el hasta ahora impasible joven heredero de las industrias cárnicas, abogado de profesión, se movió del sitio, interponiéndose entre nosotros. Posiblemente creyera que iba a golpear a su protector. El fue el que se llevó el mamporro.

Salió lanzado hacia un lado y no me preocupé por él.

—Si ella no se lo dice, se lo diré yo —le escupí las palabras en el rostro a Richard Peters—, Y luego que su conciencia decida, si es que tiene.

— ¡No le escuches, Richard! —gritó Vivian Anderson, agarrándose fuertemente a él.

—Su hija llegó a Greenwich Village junto con esos jóvenes y logró escapar de ellos, ya se lo dije antes. Pero lo que no sabe todavía es que ella, su amante, Vivian Anderson, estaba loca por su hija, le gustaba...

— ¡Falso! ¡Falso! —aulló la acusada.

—Ella contrató a un detective privado para que siguiera a Rhonda —continué diciendo, implacable—. El lunes que Rhonda partió de la ciudad fue tras ella, siendo testigo importantísimo de cuanto ocurrió. El vio cómo Rhonda" escapaba de las manos de los jóvenes que la asaltaron en Waldwick y la siguió hasta un antro de Greenwich Village. Entonces telefoneo a su diente y ésta acudió allí, recogiendo a su hija y llevándosela a su apartamento. Allí tuvieron una disputa. Vivian la arañó, Rhonda la golpeó, en respuesta, con un cenicero en la cabeza, dejándola inconsciente. Y huyó. No sé adónde, ni en manos de quién o quiénes cayó luego, pero le juro que lo voy a averiguar, lo crea usted o no, le guste o no le guste, tenga interés o no lo tenga.

Me quedé sin aliento cuando finalicé. Vivian Anderson tenía la mirada desencajada.

— ¡Todo eso es una burda patraña, Richard!

El dueño de la casa vacilaba, tremendamente conmovido.

—Piénselo, señor Peters —agregué, tomando una bocanada de aire—. Aún tengo otras cosas que hacer. Volveremos a hablar. Vámonos, Sheila.

Pasamos junto a Hank Presley, quien nos dedicó una mirada poco amistosa. Y sin que nadie nos indicara el camino, salimos de la casa.

Ya fuera, Sheila dijo:

— ¿Por qué los has dejado?

—Richard Peters necesita tiempo para que las piezas le comiencen a encajar dentro del cerebro. Por otro lado, Vivian Anderson no es tan importante. Tenemos otro testigo todavía más vital.

— ¿El detective privado?

—Exacto. El puede certificar la huida de Rhonda de esos jóvenes y su posterior caída en manos de Vivian Anderson. Si conseguimos que declare, la policía no tendrá más remedio que apretarle las clavijas a Vivian Anderson, y espero que para ese tiempo Richard Peters ya dude al menos y no la proteja tanto física como legalmente. Entonces esa mujer se desmoronará y hablará.

—Pero continuaremos sin aclarar el caso de Rhonda.

—Tienes razón, en parte. Conseguiremos que unas personas, aunque sean basura como insinuó el Comisionado y tengan sobre sus espaldas los cargos de asalto a mano armada y posesión y consumo de drogas, no sean acusadas injustamente de algo que no cometieron. Ya tienen bastante con lo que hicieron.

—Entiendo.

Subimos al coche y ella comentó:

—Vivian Anderson podría huir.

Sonreí.

—Eso sería como una confesión firmada. No te preocupes. Está cogida. Es cuestión de tiempo.

Nos trasladamos al Bowery y no resultó del todo difícil dar con la oficina del tal John Considine. No abundaban en aquel barrio los detectives privados.

Vivía en un edificio de Mulberry Street, de cinco pisos, antiguo y decadente, sucio y apuntalado. No había ascensor, pero sí una señora vieja y desdentada que al parecer hacía las veces de portera.

Le preguntamos por Considine.

—Debe estar arriba —respondió, encogiéndose de hombros—. Hoy no le he visto salir.

La escalera era un tanto empinada y no olía muy bien. Llegamos al tercer piso, puerta sexta. Una bombilla moribunda iluminada el rellano.

Toqué el timbre, pero nadie abrió. Insistí un par de veces más sin ningún resultado.

Sheila y yo nos quedamos mirando.

— ¿Qué hacemos? —preguntó ella.

—Hummm —musité, intrigado. Luego saqué mi tarjeta del Diner's Club y forcé la puerta, en un verdadero trabajo de artista. Algo se te pega de tratar con tanto maleante.

No tuvimos que dar más de tres pasos para tropezar con el hombre que colgaba del techo.

CAPÍTULO IV

La oficina no era muy grande y a la vez le servía de vivienda. Presentaba un aspecto tranquilo, ordenado, más o menos limpio. Sólo la silla que había servido al hombre para su ejecución se hallaba volcada en el suelo.

El hombre era maduro, estaría rondando ya el medio siglo de vida, con poco pelo y nariz chata. Sus facciones un tanto caballunas poseían ahora un feo trazo, los ojos desorbitados y la lengua fuera. Según lo que entendía por casos semejantes, el cadáver no era reciente. Calculé que al menos debía llevar así un día.

Sheila le había dado la espalda, algo horrorizada. Yo me puse a revisar cuidadosamente el lugar, acompañado de mi pañuelo para borrar las posibles huellas. No hallé nada, ni siquiera una nota de despedida.

—Será mejor que salgamos de aquí cuanto antes —le dije a la joven.

— ¿Es Considine?

—Supongo.

Bajamos rápidamente a la portería. La señora de edad se entretenía haciendo punto.

—No nos han abierto —dije, con aplomo. No era mucho el tiempo que habíamos tardado. Podía pasar.

—Qué extraño. Creí que estaría.

— ¿Cuándo lo vio por última vez?

—Anteayer —dejó su tarea para darnos una larga explicación—: Lo recuerdo bien porque me pagó todo lo que me debía: tres meses de alquiler nada menos. Yo soy la propietaria de los dos pisos de ese rellano, ambos los tengo alquilados. John Considine era hasta anteayer mi peor inquilino. Sus asuntos no le iban bien y siempre me debía. Según me explicó de pasada, parece ser que había tenido una racha buena. Tal vez se haya ido por ahí de excursión y se olvidó despedirse.

—Tal vez —asentí—. ¿John Considine es un hombre ya mayor, chato, de escaso cabello...? No le conozco personalmente, sólo me han dado unas referencias. ¿Es él? Lamentaría estar preguntando por otro.

—Es él, sí, señor.

—Aja. ¿Recuerda que visitas recibió últimamente?

La vieja achicó sus ojillos.

— ¿Por qué me hace tantas preguntas, señor?

—Soy un compañero de profesión. Sé que tiene relación con un caso que le afecta a mi cliente —señalé a Sheila—, y deseaba su colaboración.

—Oh —dijo—. Esa profesión de detective privado debe ser muy dura, ¿verdad?

—Bastante. ¿Recuerda qué visitas recibió últimamente? —repetí la pregunta.

—El mismo día que me pagó, por la tarde, vino un chico.

— ¿Cómo era?

—Me llamó mucho la atención.

— ¿Por qué?

—Era de esos chicos modernos, ya sabe, melenudo, barbudo, vestido con unos vaqueros deshilvanados y una camisa en la que rezaba la propaganda «Haz el amor, no la guerra». Un hippy de esos pacifistas, supongo. Era alto, olía bastante mal y llevaba un arete en la oreja derecha.

— ¿Nadie más?

—No, señor.

— ¿Ninguna mujer?

—Que yo recuerde, no. Últimamente, no. De todas formas, tenga en cuenta que yo no me paso toda la vida aquí metida. Pudo tener otras visitas...

—Gracias.

—No hay de qué. Y esperemos que vuelva para primero de mes. Me prometió que a partir de ahora me pagaría puntualmente todos los meses.

La dejamos con su sueño imposible.

— ¿Qué piensas? —me preguntó Sheila, una vez nos acomodamos en mi coche estacionado frente al edificio.

—Bueno, el panorama tenía todas las trazas de un suicidio. John Considine preparó la cuerda, sujetándola a la viga, luego colocó debajo una silla, se subió a ella, se ajustó el lazo al cuello y le dio una patada a la silla. Adiós, mundo cruel. Un detective del tres al cuarto, fracasado, que se quita la vida. Muy bien. *Okay*. Pero resulta que ahora estaba en la buena racha, como ha dicho esa señora de la portería. Entonces, ¿por qué suicidarse?

—Yo también he llegado a una conclusión parecida —asintió ella.

—Me pregunto de dónde sacaba de pronto el dinero.

— ¿Vivian Anderson?

—Pudiera ser.

—No debimos dejarla en paz. Ahora todo se ha complicado. Estamos sin testigo. Si ella no habla...

—Hablaré. También tenemos a los *barmen* de The Cave. Creo que debo hacer una visita a mi ex jefe.

— ¿A quién?

—Al capitán Grant. Espero que encuentre que hay bastantes razones para reabrir el caso.

Mi entrada en el Pólice Department no causó ningún impacto hasta que hice acto de presencia en la Sección de la Brigada de Homicidios. Hubo escasos saludos, abundantes murmullos y miradas de extrañeza.

El capitán Peter Grant no tuvo inconveniente en recibirme. Su rostro era más grave de lo habitual, observé.

Hice las presentaciones entre Sheila y él, y antes de que fuera al grano de la cuestión, me espetó:

— ¿Ha reconsiderado su postura, Travers? A pesar de nuestros choques, siempre le consideré un buen elemento...

—Lo sé. Pero me mantengo firme.

— ¿Entonces qué le trae aquí?

—El caso Rhonda Peters.

Frunció el ceño.

— ¿Aún sigue con eso?

—No lo he dejado en ningún momento.

—Tengo mucho trabajo, Travers.

—Escúcheme un instante. Hay tres personas que son inocentes de ese asesinato y yo puedo demostrarlo.

— ¿Cómo?

—Hay testigos de que Rhonda Peters huyó de esos jóvenes, tal como ellos declararon.

— ¿Quiénes? —pareció interesado.

—Vivian Anderson es uno de ellos. Atienda...

Tuvo de la deferencia de prestar oído y yo le relaté cuanto sabía.

—La prueba de que estoy en el buen camino es la muerte de ese detective privado —finalicé diciendo—. Alguien lo ha matado simulando un suicidio para cerrarle la boca. Posiblemente supiera más de lo que pensamos. ¿Qué me dice?

El capitán Grant se tomó unos segundos, humedeciéndose los labios con la lengua.

—No va a ser posible, Travers —dijo al fin.

— ¿Por qué? —salté de la silla, violentamente—. ¿Es que no estamos..., bueno, están para que prevalezca la verdad?

—No se trata de eso.

— ¿De qué, entonces?

—Usted lo ha dicho: John Considine está muerto.

—Pero Vivian Anderson...

—Tampoco podrá declarar. Hace un momento me han informado

que ella y Richard Peters han sufrido un atentado terrorista. Los dos han muerto.

CAPÍTULO V

Aquello fue como un chaparrón de agua helada. Sheila y yo nos quedamos mirando como dos seres agotados, sin tabla de salvación, vencidos. El capitán Peter Grant dijo secamente:

—Lo siento.

Era la despedida.

—Pero debe creer mi historia —insistí—. Es la verdad.

— ¿Dónde están las pruebas?

—Los *barmen* de The Cave —sugirió Sheila.

—Eso sólo puede demostrar que Rhonda Peters estuvo allí. Bien, ¿y qué? Pudo estar con los hippies esos cuando buscaban la droga..., o si realmente escapó de ellos, luego volvió a caer en sus manos. Esa prueba es muy endeble y en contra está nada menos que la declaración firmada de los acusados, reconociendo su crimen.

—Pero Vivian Anderson también estaba allí —dije—. Y eso significa algo.

—Nada. Sin su declaración, nada. Todo sería suposiciones gratuitas. Lo lamento, Travers.

Salí de allí malhumorado. Había sido un idiota al creer que podría convencer al capitán, todos eran de la misma carnada. No iban a retroceder para reconocer su error a no ser que las pruebas fueran evidéntísimas. Y John Considine estaba muerto.

Por los pasillos me crucé con Thomas Bernstein. Me miró con media sonrisa y me informó:

—El martes es el día del juicio. No te lo pierdas.

No le repliqué. Una vez en la calle, Sheila apuntó algo que ya me rondaba por la cabeza.

—Un atentado terrorista... Últimamente hay muchos, cierto. Sin ir más lejos la otra semana asesinaron al senador Humphrey. Pero, ¿no te parece éste muy oportuno?

Eso me hizo volver a casa de los Peters. Allí encontramos un gran alboroto, entre coches policiales, amigos y familiares. Los periodistas también pululaban por el lugar, con sus micrófonos, cámaras y estilográficas.

El caso lo llevaba personalmente el Comisionado Palmer, acompañado de sus hombres de confianza, entre los que se encontraba Stuart Margolin.

Al aparecer yo ante él sus ojos compusieron una mueca como si acabaran de ver una pestosa rata. En aquel grupo de élite se encontraban también el senador Edward J. Simpson, amigo personal del muerto, quien había acudido rápidamente al conocer la noticia, y el joven Hank Presley, ambos con caras compungidas, de circunstancias.

—Bien, Travers —exclamó el Comisionado, tras los saludos y presentaciones de rigor—. Precisamente usted es una de las personas con las que queríamos hablar.

—Entonces he hecho bien en venir —sonreí.

—Tenemos entendido que estuvo qui...

—Supongo que el señor Presley les habrá explicado con detalle cómo fueron las cosas.

—En efecto. Y debo aconsejarle que deje de ir incordiando con el asunto de Rhonda Peters, o me obligará a tomar serias medidas. El caso está resuelto, usted no es policía y nos molesta el intrusismo. ¿Está claro?

—Perfectamente. Pero usted ahora ya conoce mis investigaciones. ¿Qué piensa hacer?

—El señor Presley nos lo relató, sí. También sabemos que tras usted irse Richard Peters y Vivian Anderson mantuvieron una fuerte discusión. Ella lo negó en todo momento.

Hizo una pausa y yo aproveché para contarle lo de John Considine. 'Sus conclusiones fueron más o menos las mismas que había escuchado de labios del capitán Grant. Incluso añadió con cierto desprecio:

—Pienso que usted no sabe qué hacer, cómo mentir, con tal de salirse con la suya, a costa de lo que sea, enfrentando a personas, jugando con sus sentimientos. Es usted, Travers, un hombre de pocos escrúpulos.

Aguanté estoico su chorro de palabras.

— ¿Y John Considine? —insistí.

—No tengo datos en estos momentos, pero por sus palabras cabe pensar que se trata de un suicidio, ¿no? Y si no lo fuera, ya lo investigaríamos. Ahora tenemos cosas mucho más importantes, Travers: defender a la sociedad de este cáncer de los grupos jóvenes terroristas.

El senador Edward J. Simpson, un hombre de mediana edad, pelo rizado, ojos de ratón, grises, barba excelentemente rasurada y mentón afilado, carraspeó para llamar la atención de todos los presentes y dijo:

—No se puede ayudar a esos jóvenes asesinos como usted lo hace, señor Travers. De ahí brotan los terroristas. La lista negra de sus fechorías se hace cada vez más larga, no se detienen ante nada, están

dispuestos a destruir todo lo que hemos creado...

El Comisionado concluyó:

—Apártese de nuestro camino, Travers. No nos interesan sus teorías ni ideas.

Me dio la espalda, alejándose. Le hice una seña imperceptible a Clark Gregson, uno de los hombres de la Brigada de Homicidios que allí había acudido, para que se quedara rezagado, no uniéndose de momento a la tropa que marchó tras el Comisionado Palmer.

—Siento lo que hiciste, Travers.

—Olvidalo. ¿Cómo fue esto?

—Por lo que ha contado Rank Presley, él se quedó revisando los documentos que había venido a buscar Peters y él. El dueño de la casa y Vivian Anderson salieron al jardín, continuando su discusión. Los tirotearon desde la calle.

— ¿Hubo testigos?

—Sí. El autor fue un joven melenudo, desgarbado, que vestía un pantalón de pana negro y una zamarra oscura. Empuñaba una metralleta. Tras hacer la «faena» huyó en un coche que le esperaba aparcado junto a la acera. El auto ya ha sido hallado. Era, como ya esperábamos, robado.

— ¿Se sabe algo más?

—Él acto ha sido ya reivindicado por la misma organización de los anteriores atentados: esos que se llaman a sí mismos «Los Acratas del Terror».

Sheila y yo nos marchamos de allí con nuestras preocupaciones, dejando atrás un gentío heterogéneo.

—Si realmente ha sido ese grupo terrorista, entonces es una casualidad —opinó Sheila—. Richard Peters debía estar en su lista negra.

—Y han sido tremendamente oportunos, liquidando además a la mujer. No sé...

— ¿Qué otra cosa puede ser?

—Algo que todavía no adivinamos. Hay una cosa que me preocupa.

— ¿Qué?

—Si Vivian Anderson dijo la verdad. Rhonda Peters cayó en otras manos, tuvo otro encuentro aquella noche.

—Pero Vivian Anderson no sabía nada. Rhonda la golpeó, dejándola inconsciente.

— ¿Y Considine?

— ¿Qué podía saber Considine?

—También me tiene intrigado esa visita del joven melenudo...

— ¿Un... terrorista?

—Pudiera ser.

—Eso enlazaría el caso de Rhonda Peters con la organización «Los Acratas del Terror».

—Sí. Y las muertes de Considine y Vivian Anderson se habrían producido para cerrar bocas, para evitar que cometieran la imprudencia de dar luz a la historia que sabían, puesto que ya habían unos culpables y esa historia podía abrir nuevas investigaciones, y eso, claro está, no le convenía a los verdaderos asesinos de Rhonda Peters.

— ¿Y cómo sabían éstos que Considine y Vivian Anderson eran un peligro para ellos?

—No lo sé.

Hicimos un breve silencio, yo aproveché para darle al encendido del coche.

—Pero sí sé una cosa: los jóvenes de aspecto hippy parecen tener relación con este asunto.

— ¿Y?

—Vamos a localizar a ese grupo terrorista.

— ¡Estás loco! —se alarmó ella.

—Son palos de ciego, sin mucha consistencia, pero a algo hay que agarrarse.

— ¡Pero si la policía no ha podido hacer nada hasta el momento...!

—Eso no quiere decir nada. Volvamos al Pólice Department.

Una vez allí, de nuevo me presenté ante el capitán Grant. No puso buena cara al verme.

—Siento molestarle, capitán, pero quiero pedirle un favor.

— ¿Cuál? —mostró recelo.

—Espero que sea condescendiente.

—Dígalo y acabemos de una vez. —Deseo hablar con uno de los muchachos acusados del crimen de Rhonda Peters.

—Pero...

—El tal Gary.

—Le dije que olvidara el caso.

—Estoy intentando dejarlo —sonreí—. Sólo quiero convencerme de que no llevo la razón.

—Veremos lo que se puede hacer —dijo a regañadientes.

No hubo grandes trabas. Poco después el joven apareció en la sala. Cuando me vio, sus ojos llamearon odio y sus facciones se contrajeron.

— ¡Usted, cerdo! —exclamó.

Se contenía a duras penas.

—Cálmate y escucha.

— ¡Maldito sea cien mil veces! ¡Hijo de perra!

—Hice todo lo que pude, que no fue mucho. Comprende: sólo era un modesto detective de primer grado.

— ¿Era? —arqueó una ceja.

—He dejado el Cuerpo.

—Aja.

—Ahora estoy investigando por mi cuenta el caso de Rhonda Peters.

— ¿Por qué?

—Sigo pensando que sois inocentes.

Su semblante cambió. Pareció relajarse, dio unos cuantos pasos, tomó una silla y se sentó a horcajadas.

—Créeme. Te digo la verdad.

— ¿Y para qué me ha llamado?

—Te oí comentar que en Greenwich Village teníais contactos.

—Es cierto.

— ¿Qué clase de contactos?

—Algunos amigos. Nosotros somos de aquí, pero de vez en cuando nos gusta largarnos por ahí a vagabundear, sobre todo cuando la bofia se pone tonta, intensificando sus redadas y no permitiendo ni fumar un porro.

—Necesito saber de esos contactos. Quiero su ayuda.

— ¿Para qué? —me miró escrutadoramente.

—Escucha. Creo que en todo esto algo puede tener que ver una nueva organización terrorista formada por jóvenes. «Los Acratas del Terror».

—He oído hablar de ella.

— ¿Y qué sabes?

—Que existe —se encogió de hombros.

—Necesito que gente joven, metida en el submundo juvenil de las drogas y la delincuencia, me ayude al menos a dar con una pista.

— ¿Está seguro de lo que dice?

—No —sonreí—. Pero más vale eso que quedarse de brazos cruzados. Dime, ¿qué prefieres: ser acusado de violación y asesinato, aparte del asalto a mano armada y el navajazo, o sólo de esto último?

La respuesta era obvia. Aquella misma tarde Sheila y yo, tras habernos cambiado de vestimenta para movernos con mayor soltura, sin despertar sospechas, recorrimos Greenwich Village como nunca antes lo habíamos hecho. Descubrimos lugares insólitos, gentes nuevas, formas de vida insospechadas. Todo aquello lo teníamos tan cerca y tan lejos a la vez. No nos separaban las millas sino la mentalidad.

Llegó la noche. Y el sábado. Y el domingo. Un fin de semana de constante ir y venir, de hablar con unos y otros, de búsqueda incesante, de repartir dinero para abrir bocas, de soportar a drogadictos, homosexuales y toda laya de delincuentes comunes.

Mis soplones y contactos fueron los que menos resultados dieron,

pues todos ellos ya habían sido cribados por mis ex compañeros y así les iba. Con los de Gary la cosa costó lo suyo, mucho sudor y cansancio, pero al final, el lunes, cuando el juicio estaba a la vuelta de la esquina, el rayo de luz se hizo.

El lunes por la tarde llegamos a un piso donde vivían unas jóvenes que se dedicaban a fabricar collares y brazaletes que luego vendían en mercadillos ambulantes. Una de ellas, regordeta, de ojos claros, nos dio la pista. Cuanto hablamos se puede resumir de la siguiente forma:

—Puede ser que Jimmy Holmes sepa algo. Se fue de aquí diciendo que estaba harto de esta vida nómada, de que lo insultaran, despreciaran y pisotearan. Habló de unirse a ese grupo. No sé si lo consiguió. No he vuelto a saber de él. Pobre Jimmy. Con lo felices que éramos viviendo juntos, en paz, dedicados a estos trabajos manuales...

La dejamos con sus añoranzas, no sin antes sonsacarles los lugares que solía frecuentar el tal Jimmy Holmes. Finalmente lo localizamos en un bar *punk* de Bethune Street, una covacha inmundada, llena de música rock que perforaba los tímpanos, infestada por una clientela joven, variopinta, agresiva. Las camareras llevaban el pelo color verde, sus rostros parecían máscaras extraídas del Museo del Horror y sus pechos coleaban libres, al aire, pintados como si fueran dianas, el pezón como centro. La gente escupía por nada.

— ¿Por qué veneno os decidís, hijos de puta? —nos espetó una de aquellas «odaliscas».

Le pedí unos combinados y luego le pregunté por Jimmy Holmes.

—Jimmy está dándose unas hostias en la plaza.

Es decir, Jimmy se encontraba en la pista de baile moviéndose al ritmo de un rock duro, fuerte, al tiempo que se peleaba con sus compañeros de contorsiones.

Le rogué que le llamara.

— ¿Y qué más quieres: que luego te la chupe? —barbotó. Nos escupió y se fue.

Sheila y yo nos quedamos sin saber qué hacer. Antes de que reaccionáramos la camarera volvió con la bebida, acompañada por un tipo que sudaba por todos sus poros, las venillas de las sienes marcadas horriblemente. Era alto y delgado, de tez pálida, y estaría frisando los veinticuatro años de edad.

—Este es el cabrón de Jimmy —dijo la chica de cabellos verdes—. Son cinco papiros.

Se los di.

—Y los venenos cuestan diez —agregó con una páfida sonrisa. La muy condenada no había olvidado las ideas capitalistas.

Jimmy Holmes se mostró un tanto intrigado. A pesar de nuestra indumentaria, estaba claro para él que no éramos de su clase. Más

receloso se mostró en cuanto comencé a hacerle las preguntas.

—Lo siento —dijo secamente—. Yo no pertenezco.

—Teníamos entendido que...

—Os habéis equivocado. ¡Que el diablo os muerda el culo! —se despidió, dando media vuelta.

—Es nuestro hombre —dije yo, guiándome por mi olfato policial.

Apuramos los «venenos» sin dejar de vigilar a Jimmy, ahora que sabíamos quién era. Luego, al ver que el muchacho continuaba bailando sin descanso, decidí que nos marcháramos.

Salimos a la calle y nos protegimos con las sombras de la noche. Si no me equivocaba, pronto aparecería. Uno de los trucos aprendidos en el Cuerpo consiste en levantar la liebre, es decir, asustar y luego aguardar a ver qué ocurre. Seguro que Jimmy sentiría deseos de comunicar las extrañas preguntas que le había hecho un extraño sujeto acompañado de una silenciosa joven, ninguno de los cuales le había dicho sus nombres.

No me equivoqué. Jimmy Holmes salió del bar y cruzó la calzada, acercándose a una moto allí aparcada.

— ¡Vamos al coche!

Sheila tuvo la desgracia de tropezar. Cayó sin poder evitar que de su garganta brotara un grito.

Fue suficiente. Jimmy Holmes se puso alerta. Yo me di cuenta del peligro que corríamos: estábamos descubiertos y la persecución no se iba a poder realizar. Y tampoco podía dejar que se escapara. Corrí hacia él. Jimmy Holmes ya le había dado la patada al pedal de arranque. El motor rugió.

Salte sobre él justo en el instante que se ponía en marcha, desmontándolo. Tuvimos suerte de que la máquina no nos cayera encima.

Forcejamos en el suelo, pero él estaba bastante aturdido por el golpe y yo era más fuerte. Finalmente me impuse, tras "clavarle mi puño derecho en el hígado.

La calle estaba solitaria y silenciosa, sólo se oían nuestros jadeos. Sheila se acercó rápidamente y retiró de la calzada la caída moto. Yo llevé a Jimmy Holmes Sheila cuando nos reunimos en el interior. Había registrado concienzudamente al joven y sólo le había hallado una navaja.

—No importa. —Había que cambiar los planes—. Nuestro amiguito hablará.

—Yo... yo...

—O llamaremos a la policía.

— ¡No!

—Andan muy interesados por esa organización que últimamente les ha puesto en jaque.

— ¡Yo no he hecho nada!

—Nosotros te creemos. Pero has de colaborar.

—Todavía estoy de prueba. Apenas he entrado en acción. ¡Lo juro!

—Seguro. ¿Quiénes son ellos?

—Gente corno yo.

—Pero alguien será la cabeza rectora.

—Uno llamado Charlie.

— ¿Sois los responsables de la muerte de un detective privado llamado John Considine?

—No sé nada de eso.

— ¿Y de Vivian Anderson y Richard Peters?

Ahora meneó negativamente la cabeza.

— ¿Tampoco sabes de Rhonda Peters?

—Rhonda Peters... —musitó.

—Eso he dicho. ¡Di lo que sepas!

—Yo... yo tenía que perseguirla por orden de Charlie, pero ella se me escabulló. Charlie se enfadó mucho.

— ¿Cuándo fue eso?

—El lunes pasado.

—Muy bien. Veo que nos vamos entendiendo. ¿Quién mató a Rhonda Peters?

— ¡De eso no sé nada! ¡Se lo juro!

—No seas tonto, Jimmy. Tienes todas las de perder. Colabora con nosotros. Es lo que te conviene.

—Últimamente no he ido por allí. No estoy al tanto...

— ¿Por allí? ¿A qué lugar te refieres?

Se trataba de una especie de pequeña mansión semi abandonada cercana al lago Tappan, en el estado de New Jersey, casi lindando con el de New York. El paraje era bastante desolado, algo lejano del pueblo, Oíd Tappan, y de la Tappan Road, en un camino vecinal sin asfaltar, lleno de baches.

—Recuerda que somos amigos tuyos de confianza que estamos deseando entrar en la organización —le dije.

Jimmy Holmes asintió. Le tenía atemorizado. Yo llevaba una pistola y la primera bala se la había prometido si las cosas se ponían mal.

Llegamos a la entrada, donde había un muchacho de unos veinte años, barbilampiño, de facciones angulosas. Nos dio el alto con una mano y yo detuve el coche.

—Hola, Buck —saludó nuestro forzado acompañante.

— ¿Qué hay, Jimmy? —nos miró—: ¿Quiénes son?

—Buenos amigos. Quieren participar.

—Habéis escogido el día apropiado... Hoy está Charlie. Pasad.

Pasamos sin mayor inconveniente. Parecía mentira que hasta un lugar así no hubiera llegado todavía la policía. Lo comenté con Jimmy Holmes.

—Solemos cambiar de fuerte cada mes.

El «fuerte» era un caserón de tres pisos, algo destartado. Una construcción antigua, deteriorada por el tiempo y el abandono. Muy bien podía haber servido, en el silencio y la oscuridad de la noche, para una película de terror.

Nuevamente nos salió al paso otro jovenzuelo, una vez bajamos del auto. Este requirió más datos nuestros, incluso llegó a tomar ñola. Por su mirada adiviné que si no aceptábamos entrar en la organización, no saldríamos vivos de allí.

Entramos. El ambiente era frío, poco acogedor. Alcanzamos una amplia sala de la que debían haber sido retirados todos los muebles y cuadros, estaba completamente pelada. Incluso las bombillas se hallaban desnudas.

Una docena de jóvenes se encontraban allí apiñados, sentados en el suelo, armados hasta los dientes, desde fusiles ametralladores hasta granadas de mano, cosa que me dejó helada la columna vertebral. Todos escuchaban atentamente las palabras del que se hallaba de pie, sobre una tarima, frente a ellos, arengándoles.

Era un jovenzuelo alto, melenudo, de espesa barba y ojos oscuros penetrantes. Vestía unos pantalones vaqueros y una camisa que predicaba el amor en vez de la guerra. Llevaba un arete en la oreja derecha.

—Ese es Charlie —susurró Jimmy Holmes.

No nos era desconocido. Ya otra persona nos había hablado de él.

CAPÍTULO VI

Decía:

—El mundo está formado por una masa amorfa, sin personalidad. Todos ellos están dominados y dirigidos por los poderes políticos, económicos, religiosos y periodísticos. Normalmente los cuatro se hallaban confabulados, formando distintos grupos. Son los dioses de esta civilización que nos ha tocado vivir, ellos manejan a su antojo bienes y vidas, promueven guerras, dictan leyes... ¡Hay que exterminarlos! ¡A todos! ¡Por la libertad y la anarquía!

Hubo chillidos de afirmación a las palabras del orador. Yo me fijaba muy mucho en él. Su voz y sus facciones me recordaban a alguien. Sheila y yo intercambiamos una mirada de asombro. Luego, cuando volví a clavar mis ojos en él, Charlie ya nos estaba observando.

Percibí el brillo de sus pupilas. Y supe que tenía que actuar al momento.

Corrí como un loco hacia él, cuando ya extraía su automática y gritaba:

— ¡Esos...!

Llegué muy oportunamente, desarmándolo de un certero puntapié. Acto seguido mostré mi pistola y le apunté a la cabeza.

— ¡Quietos! —les grité a los oyentes, quienes ya iban a ponerse en movimiento. Un sudor frío comenzó a invadirme porque sabía que me encontraba en la boca del lobo, con muy pocas probabilidades.

Todos obedecieron, sin dejar de mirarme con odio e intriga. Había expectación. En cierto modo se consideraban superiores, tanto en número como en armamento podían caer uno, dos, tres..., pero al final la palmearíamos Sheila y yo. Ella ya se encontraba junto a mí, bastante asustada. Ninguno de los dos podía sospechar que Charlie fuera un personaje conocido nuestro. Me quedaba una baza.

— ¡Atended un momento y comprenderéis mejor!

— ¡Acabad con ellos, idiotas! —gritó Charlie, desesperadamente.

Hubo vacilación entre los muchachos. Yo actué con rapidez. Con la mano libre le pegué un tirón a su arete, rajándole el lóbulo de la oreja sin ningún miramiento, para que así callara. Luego continué con su melena y su barba postizas.

— ¿No lo conocéis? ¿Ninguno de vosotros lo ha visto en la tele o

los periódicos?

Silencio tenso. Finalmente un joven pelirrojo se puso de pie y chilló:

— ¡Es Hank Presley!

— ¡El hijo de Jonathan Presley, el que nos envenena con sus carnes en conserva! —gritó otro.

Y un tercero:

— ¡Pertenece a la camarilla política del senador Edward J. Simpson!

—Ahí quería ir —tomé de nuevo la palabra—. Este tipo no ha hecho más que tomaros el pelo, manejándoos a su antojo, al de los intereses de su grupo financiero y político.

La verdad se abría paso en mi mente. Los llamados «Acratas del Terror» se encontraban algo así como consternados, incapaces de reaccionar.

Aproveché para continuar:

—Seguís siendo una masa amorfa, sin personalidad, igual que vuestros mayores. Esa sociedad de consumo que atacáis, la tenéis también vosotros, pero de otra forma: drogas, sexo, discos, bebidas, ropas, zonas de recreo y reunión... El sistema no os olvida, sabe que formáis un grupo importante al que no se debe dejar de ordeñar y se disfraza con vuestras ideas y gustos para conseguirlo. Y por si esto fuera poco, vosotros, VOSOTROS EN ESPECIAL, aún habéis sido más manipulados. No trabajabais al servicio de la libertad y la anarquía; trabajabais al servicio de unos intereses determinados. No liquidabais a los dioses de la civilización, sino a señalados dioses de la civilización que significaban peligro para la camarilla que comanda el senador Edward J. Simpson y que engloba a muchos dioses a los cuales estabais favoreciendo con vuestro ciego fanatismo.

Dejé de hablar para tomarme un respiro y el silencio que reinó fue de tumba. Se podía haber escuchado el zumbido de un mosquito. Y entonces sucedió lo inesperado.

Una chica desgreñada, el rostro contraído por la furia que la embargaba, se levantó aullando como una loca, con una granada en la mano.

— ¡Este es un mundo de mierda! ¡Larguémonos!

Y la explosión puso punto final.

EPILOGO DEL AUTOR

Mark Travers no se equivocó en sus deducciones. Todo aquel tinglado estaba montado por Edward J. Simpson y el grupo financiero y político que había tras él, en la sombra, y que en la mayoría de los casos es el verdadero cerebro. El que da la cara no es más que un hombre de paja, un figurón. Valiéndose de aquellos jóvenes con ideas de exterminio del sistema mediante métodos radicales, violentos, habían eliminado a una serie de personas que rivalizaban con ellos, que suponían un obstáculo a su ideología o a sus intereses económicos. Y más que había en la lista. Por otro lado, dado su poder y categoría, tenían acceso a los altos cargos policiales, tanto para estar informados como para desorientar y presionar. La caída del Comisionado era inminente. Él sistema, como es costumbre en él, no se ofendió por lo sucedido y se rehízo rápidamente aprovechando el suceso para alabar la democracia, que siempre permite que la verdad resplandezca. El maniqueísmo de los otros convirtió a los jóvenes terroristas y a la camarilla de Simpson en los malos del novelón. Ellos, los otros, eran de otra pasta, honrados y trabajadores, y llamaron urgentemente a sus publicistas y organizaron campañas de propaganda valiéndose del árbol caído. La mayoría silenciosa tragó como traga siempre. Al fin y al cabo, los pobrecillos han de creer en algo para poder seguir subsistiendo...

— ¡Rosbund! —me chilla el editor—. ¡Esto es una novela policíaca, para entretener! ¡Se está usted pasando! *Okay*, jefe.

Vayamos con la historia central. Rhonda Peters, casualmente, fue testigo de una conversación entre su padre adscrito al grupo de Simpson— y Hank Presley, en la que se mencionaba el asesinato del senador Humphrey. La chica quedó hondamente impresionada, ella no concebía esas cosas, luchando en su interior entre la denuncia pública o callar, ya que se trataba de su propio padre. Decidió entonces alejarse de allí, a su lugar habitual de retiro, para reflexionar sobre el asunto. Hank Presley la había pillado cerca de la puerta del despacho, al salir de improviso tras la conversación, y sospechó de ella. Fue cuando encargó a Jimmy Holmes que la vigilara, pero éste falló el lunes por la noche. Hank Presley, quien le tenía oculta la sospecha a Peters por motivos obvios, se dio a todos los diablos.

La noche del lunes, Hank Presley se encontraba en casa de Peters.

Ambos estaban preparando una defensa. Sonó el teléfono y descolgó Hank. Una voz de hombre preguntó por Vivían, presentándose como un tal John Considine. Hank le pasó a la mujer la llamada, permaneciendo él con el auricular del despacho en la oreja. Así fue como supo de nuevo de Rhonda Vivian se excusó aquella noche, alegando que ellos tenían trabajo y que a ella le apetecía acudir al Radio City Music Hall donde hacían un buen programa. Seguidamente. Hank Presley dio las órdenes pertinentes, siempre a espaldas de Peters, pues sabía que éste no las aprobaría, pero sí las altas esferas del grupo. Los dos jóvenes encargados del «trabajo» llegaron a The Cave cuando las mujeres escapaban por la puerta trasera. Decidieron seguirlas y esperar a que Rhonda Peters estuviera libre. Entonces actuaron, violándola y quemando sus pertenencias para crear confusión. Ese fue el final de la primera parte.

Luego aguardaron acontecimientos, y éstos les fueron favorables gracias a la detención de los tres jóvenes asaltantes de Waldwick. Sólo que ahora era necesario que el detective privado y Vivian Anderson mantuvieran su silencio «para siempre». El más peligroso era el primero por cuanto nada se jugaba, ella sí y la prueba estaba que hasta el día de su muerte no había hablado, Hank Presley, en su papel de Charlie, el jefe de la organización «Los Acratas del Terror», fue personalmente a liquidar a John Considine, tras averiguar sin mucho problema su dirección. Más tarde entró en escena Mark Travers, tirándole de la lengua a Vivian Anderson. Tras ir el ex policía de casa de Peters, éste y ella discutieron, en efecto, y el padre de Rhonda recordó que esa noche Vivian había estado fuera y lo que Travers había sembrado en su mente comenzó a hacer efecto. Hank Presley tomó el teléfono y pegó una llamada, dando las órdenes pertinentes. Luego sólo tuvo que invitarles con buenas palabras a salir al jardín para continuar la discusión, pues no era de buen gusto que la señora Fairbanks se enterara de todo, dada la virulencia de la situación, y él se quedó en el despacho revisando unos documentos. El resto ya se lo pueden imaginar.

— ¡Rosbund! —me vuelve a chillar el editor—. ¿Se cree que le voy a publicar esto? ¡Esta historia no acaba bien! ¡Ha matado a los protagonistas!

Tranquilo, jefe.

¿Cómo se cree que he conocido detalladamente toda la historia de Mark Travers? El me la contó, y yo me he limitado a relatarla en primera persona. Ya sabe mi teoría, las verdaderas historias policiacas deben ser novelas en primera persona, sobre todo si son de intriga. Todos esos bodrios de la escuela inglesa no son más que estafas, tomaduras de pelo al lector. Cuando se relata en tercera persona hay que contarle todo, ser honrado con el lector, y no ocultar los

momentos claves que luego salen en el último capítulo para admiración de tontos. Los momentos claves de esta historia no podían salir «porque Mark Travers no los conoció hasta el final».

Pero vayamos con el *happy end*. Ni Mark Travers ni Sheila Parkins murieron con la explosión. Como tampoco Hank Presley, que prestó una extensa confesión, ni algunos de los llamados «Acratas del Terror». Eso sí, todos tuvieron que pasar por un hospital, algunos aún continúan allí, con heridas graves.

Mark Travers no recibió medallas ni condecoraciones de ningún tipo. Tampoco las hubiera aceptado. Por otro lado, su historia y su nombre se vieron poco aireados, o mejor, difuminados por el oportuno accidente nuclear de Harrisburg que tuvo en tensión durante esas fechas a la opinión pública del país. Una vez le dieron el alta, juntamente con Sheila Parkins, abandonó New York. Ambos se trasladaron a California. Hasta allí tuve que volar para recoger su historia.

Los encontré en el valle de San Fernando, formando parte de una pacífica comunidad de origen hippy que se dedica a toda clase de trabajos manuales, artísticos. Dicen que son felices. Tienen sol, aire, mar, paz, libertad, y muy pronto, cuando esta novela vea la luz, un hijo. ¿Para qué quieren más?

Regresé envidiándoles, Yo sigo aguantando a los jefes. Los hay por todos lados.

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA

El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...



**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

**Asegure
su
ejemplar**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 35 PTAS.**

Impreso en España